

Acompañar en el proceso de vivir el morir: Perspectiva pastoral*

Dr. teol. José Carlos Bermejo

Religioso Camiliano. Doctor en Teología Pastoral Sanitaria en el Instituto Camillianum de Roma, donde actualmente es Profesor. Director del Centro de Humanización de la Salud en Madrid. Profesor en diversas universidades, institutos y Escuelas de Pastoral Sanitaria en España. Autor de varias publicaciones sobre temas de su especialidad.



A cercarnos desde la fe a quienes están para morir nos sobrecoge y en muchas ocasiones nos deja como perdidos. Por un lado nos damos cuenta de que el uso de un lenguaje exhortatorio o la propuesta sacramental, muchas veces, están fuera de lugar porque sentimos que puede ser una evasión de nuestra propia angustia o una violación del respeto al enfermo. Pero

a la vez nos parece que nuestra fe nos tendría que impulsar a decir algo. Numerosos sentimientos y una compleja situación espiritual puede que nos dejen sin palabras, frustrados, o que nos lleven a alguna socorrida forma de salir de la situación.

Encontrar a enfermos terminales nos hace entrar en contacto inevitablemente con la precariedad de nuestra existencia, nos pone ante nuestra miseria, y nos la hace tocar, ver, vivir, sentirnos impotentes y envueltos en una aureola de absurdidad o de misterio. ¿Qué actitud, de qué medios dispone el agente de pastoral de la

* Publicado en "Labor Hospitalaria". Número monográfico "Vivir el morir", n. 225-226, pp. 214-222. Barcelona, 1992.

salud para afrontar la necesidad de una asistencia espiritual al moribundo? ¿Qué aporta la presencia del agente de pastoral para lo que de modo tan acertado se llama "vivir el morir"? ¿Cuál es lo específico de la acción del agente de pastoral que le distinga, por tanto, de los otros profesionales sanitarios que también acompañan al enfermo en el último tramo de su vida?

"El tema es difícil y hermoso. Sugestivo también, pero en cierto modo molesto, porque con excepciones la muerte es una cuestión que afecta, como problema, a actitudes humanas esenciales, hondas. El hombre experimenta ante la idea un inevitable sentimiento que no es fácilmente cualificable, una mezcla de pudor, miedo, vértigo, curiosidad, desolación y, también, de serenidad"

CELEBRAR LA VIDA, CELEBRAR LA MUERTE

Cuando se habla de celebración tendemos a imaginar fiestas alegres, movidas, en las que se olvidan por un momento las dificultades de la vida metiéndonos en una atmósfera de música, baile, bebidas y conversaciones agradables. Sin embargo, en el sentido cristiano de la palabra, celebrar es mucho más que esto. La celebración, como nota Nouwen, es posible sólo donde amor y temor, alegría y dolor, sonrisas y lágrimas, puedan coexistir. Celebración es aceptación de la vida en la conciencia cada vez más clara de su preciosidad, y **la vida es preciosa, valiosa, no sólo porque se puede ver, tocar y gustar, sino también porque un día ya no la tendremos.**

"Cuando se es capaz de celebrar la vida en todos sus momentos decisivos —en los que ganancia y pérdida, es decir vida y muerte, están siempre presentes— entonces se puede celebrar también la propia muerte porque se ha aprendido de la vida que quien la pierde la encuentra (Mt 16, 26)".

La actitud que proponemos, pues, desde el punto de vista cristiano, es la de acompañar a quien vive sus últimos días a celebrar la muerte. Ciertamente no proponemos una actitud de huida de la dureza de la realidad.

"Hay una situación en la que el amor celebra su ser-con de forma dramática: el momento de la agonía y de la muerte. La muerte es la laceración del ser-con; la agonía es asistir im-

potentes a esta laceración. Cuando nos amamos se agoniza y se muere juntos de una agonía y de una muerte con frecuencia más dolorosa que la del enfermo, porque se es más consciente. Quizá por primera vez se descubre que, en ciertas ocasiones, incluso el amor es impotente".

Celebrar la muerte significa aceptarla como un misterio que hay que vivir en comunión. Es, pues, concelebrar el misterio de la vida que llega a su fin y que está invadida del amor de Dios por la realización, en cada persona que muere, del Misterio Pascual de Jesús. Y es que el objeto central de toda celebración cristiana es el acontecimiento Pascual del Señor vivido por la asamblea de los cristianos.

Para celebrar la muerte cristiana es preciso tomar conciencia de cómo ha vivido Jesús su propia Pascua y tener bien en cuenta que

"la celebración, tanto en su proyecto como en su realización, tiene precisamente que asumir el pasado, el presente y las tensiones hacia el porvenir bajo la fuerza enjuiciadora y transformadora de la pascua del Señor".

En la celebración confluyen de modo armónico las tres dimensiones del tiempo: el *pasado* que se recapitula, que se recuerda, que se hace vivo en el *presente*, sintiendo que éste es expropiado porque está inundado por la presencia del Señor (Gal 2, 20) y el *futuro* al que se proyecta y que se espera. Esta estructura comunitaria —eclesial— y consciente de la historicidad supone vivir cristianamente la enfermedad y la muerte y, por lo tanto, invita a acompañar pastoralmente a quien se encuentra envuelto por tales misterios.

Así, el conocido poeta Rilke, no intentando sustraerse a la amenaza de lo terrible, sino afirmando y traduciendo, escribe:

*"Di, oh poeta, ¿qué haces tú? —Yo celebro.
Pero lo mortífero y lo prodigioso,
¿cómo lo resistes, cómo lo soportas? —Yo celebro.*

*Pero lo sin nombre, lo anónimo,
¿cómo lo llamas, oh poeta, no obstante?
—Yo celebro...*

*¿Y por qué la quietud y la impetuosidad
como la estrella y la tormenta se conocen?
—Porque yo celebro".*

Jesús, consciente y dueño de la muerte próxima, celebra su última cena. En ella reúne a los

suyos, resume y recapitula su vida en pocas palabras (con el mandamiento del amor), se despierte de ellos, crea una nueva forma de presencia simbólica (sacramental) para el futuro (la Eucaristía). En una palabra: vive y celebra el misterio de su Pascua, de su vida y de su muerte, y lo hace en comunión con los suyos.

Veamos a continuación las implicaciones pastorales de estas consideraciones. (Figura 1). La mirada al pasado permitirá hacer con el enfermo un camino de reconciliación y de pacificación de la propia historia; la mirada al presente hará tomar conciencia de la expropiación de la vida y de la muerte por parte de Cristo que vive en nosotros, y la mirada al futuro llevará a abandonarse en los brazos de Dios en actitud de esperanza.



Figura 1

RECONCILIÁNDOSE CON LA VIDA

Una de las experiencias más comunes en la etapa final de la vida es la mirada hacia atrás, que permite tomar conciencia del propio pasado. Se dice que el modo de morir depende en no poca medida de lo que una persona siente que ha conseguido en su vida: una vida llena y sensata o vacía y sin sentido. Y parece como si al final pasara por delante de la pantalla de la persona *la película de la propia vida* y en ella se hace con frecuencia la experiencia del sentimiento de culpa que desencadena una de las formas que adquiere la angustia. El enfermo se convierte así en juez y acusado de su propio pasado.

"Es el sentimiento de angustia o autocondena que a veces nos atenaza y nos hace sentir

un nudo en el estómago. Por ejemplo la angustia por haber transgredido una prohibición y el consiguiente miedo al castigo. O bien la autoacusación por no haber sido digno de las expectativas del otro y el consiguiente miedo de perder su amor. O bien la humillación de aparecer a nuestros ojos con la imagen rota de nosotros mismos".

Parece como si, encontrándose con la verdad de la vida, se nos anulara la tendencia que tenemos a olvidar sin haber sanado, porque el recuerdo pudiera hacerse muy pesado en nuestra mochila. Emerge entonces el sufrimiento que pide ser sanado mediante el recuerdo sereno de quien quiere enfrentar su condición de herido (Mc 2, 17). Por eso dice Nouwen:

"Si los ministros son memoriales, su primera tarea consiste en ofrecer espacio en el que los recuerdos hirientes del pasado puedan aflorar y ser traídos a la luz sin miedo. Cuando la tierra no está arada, la lluvia no puede llegar hasta las semillas. Así también, cuando nuestros recuerdos permanecen ocultos por el miedo, la ansiedad o la sospecha, tampoco la palabra de Dios puede fructificar en nosotros".

Es un proceso de pacificación consigo mismo necesario para serenarse con los demás y con Dios. No se consigue única y necesariamente mediante el sacramento de la reconciliación que tanto bien puede acarrear al enfermo terminal, ayudándole a descubrir detrás del sentimiento de culpa una Presencia amorosa que le trasciende. Es necesario un tiempo para poner en orden las propias experiencias acumuladas en la vida y poder perdonar interiormente a quien te ha herido y pedir perdón abierta o simbólicamente a quien se ha ofendido.

Difícilmente se puede alcanzar este objetivo si el agente de pastoral, que cumple un rol privilegiado en este terreno por su carácter simbólico y su función facilitadora, no "se aproxima al misterio y a la vulnerabilidad de estas historias, ofreciendo a los protagonistas lo que ellos invocan: la sencillez del respeto y del calor humano".

Difícilmente se puede acompañar al enfermo terminal en este proceso de autopérdón y de autocuración si antes no se hace un camino de integración de la propia dimensión negativa reconociéndose curador herido. El agente de pastoral sólo aceptando los propios límites y con el peso de dolor inherente a la propia condición humana será capaz de per-

manecer al lado de la persona que sufre, dejándose afectar por su tragedia y manteniendo con ella un contacto cargado de ternura y de comprensión y ayudándole a descubrir las fuerzas curativas que le permitan pasar de la desesperación y la culpa a la serenidad y a la esperanza. Este reconocimiento de la propia negatividad hace al agente de pastoral más tolerante y comprensivo y no tiene por qué ir acompañado, como sucede normalmente, por un sentimiento de tristeza y de amargura, sino de jovialidad y de profunda alegría.

El agente de pastoral que quiera acompañar al enfermo a vivir el morir de una manera digna, se encuentra con quien está a punto de perderlo todo: la vida, las cosas que ya no podrá hacer y las cosas que le disgusta haber hecho y que ya no puede cambiar. Es la experiencia del luto anticipatorio por la que pasa el paciente, equivalente a la que experimentamos cuando nos sentimos ante una amenaza y elaboramos la frustración consiguiente, la experiencia de las posibles pérdidas cercanas. Estamos acostumbrados a pensar en el luto atribuyendo el proceso sólo a quienes han perdido a un ser querido; sin embargo, es una experiencia que se hace ante toda pérdida real o previsible.

El luto anticipatorio ayuda a los enfermos y a los familiares "a tomar conciencia de cuanto está sucediendo, a liberar los propios estados de ánimo, a programar el tiempo en vista de la muerte inevitable". La escucha, el diálogo abierto del agente de pastoral con el enfermo, sin evitar ni condenar cualquier tipo de sentimientos con actitud empática, le ayudará a comprender las pérdidas, a semejanza de Jesús, cuando encuentra a la viuda de Naín:

"En el pueblo de Naín, Jesús no espera a que le hagan petición alguna. Se conmueve ante la viuda cuyo hijo único va a ser enterrado. Como si se metiera en sus zapatos y calculara lo hondo de su pena y el significado de la pérdida de su hijo (...Lc7, 11-15). (...). La empatía de Jesús va mucho más lejos de la simple percepción de los sentimientos ajenos. Cala en lo más hondo de la integridad personal y descubre las ansias de liberación que allí palpitan. Eso se manifiesta siempre que Jesús dice: se te perdonan tus pecados".

En el fondo, ayudar al enfermo a hacer las paces con el propio pasado, con la propia vida, es acompañarle a vivir algunas de las fases descritas por Kübler-Ross, como la ira, cuando ésta es producida por la angustia experimentada al

encontrarse realmente consigo mismo y no poder huir (negar), o el pacto, cuando de modo psicológicamente infantil se pretende comprar lo imposible, pagando con algo que anteriormente quizás no se haya vivido (por falta de una verdadera adhesión al bien), o la depresión que nace de la experiencia de cuanto se ha perdido, de las oportunidades no aprovechadas.

La mirada reconciliadora hacia el pasado permite además encontrar en él el maestro personal que ha ido enseñando en la vida a ir muriendo las pequeñas muertes que se han vivido ante la necesidad de elaborar cada una de las pérdidas personales.

CELEBRANDO EL MOMENTO PRESENTE

Celebrar el misterio de la enfermedad y la muerte, el misterio de la vida, hace mirar al pasado y descubrir en él tanto la presencia de Dios cuanto los aspectos necesitados de un proceso de asimilación y aceptación reconciliadora. Pero significa también mirar al presente y tomar conciencia de la propia condición para no vivir la última etapa de la vida de espalda a la muerte, sino entrar en ella "con los ojos abiertos", es decir, siendo protagonista, consciente, porque eso es precisamente lo que nos distingue como hombres: la conciencia de que hemos de morir.

Este contacto con la propia muerte es, por otra parte, ineludible e íntimo, como dice Nigg: "El coloquio con la muerte es de una intimidad extraordinaria y se lleva adelante con un estilo reservado que hoy es más bien raro. Lo que el hombre y la muerte se susurran no lo oye nadie más, sino sólo los dos interlocutores que saben mantener el secreto de este diálogo". Y encontrándose en diálogo con nuestra condición se plantea de modo más lúcido el escándalo de la muerte: la razón humana no puede comprenderlo todo. Ahora bien, incluso cuando no comprende, puede fijar con exactitud y claridad qué es lo que no se entiende, y por qué no se entiende. De esta forma, pensar un misterio no es resolverlo, pero sí fijar exactamente por qué algo nos resulta incomprensible.

La ausencia de una visión clara, de un Dios que se haga en todo momento visible y palpable, es también motivo de celebración. Nouwen dice al respecto:

"Aunque el misterio de la presencia es indudablemente muy valioso, necesita ser balanceado de continuo con el misterio de la ausencia."

Esto es así porque pertenece a la esencia de un ministerio creativo el convertir constantemente el sufrimiento por la ausencia del Señor en una comprensión más profunda de su presencia. Pero para que la ausencia pueda ser convertida en otra cosa, primero ha de ser experimentada. Por eso los ministros no cumplen adecuadamente su cometido cuando testimonian tan sólo la presencia de Dios y se muestran intolerantes para con la experiencia de la ausencia. Si es cierto que los ministros son memoriales vivos de Jesucristo, entonces ellos han de buscar los modos concretos que hagan que no sólo su presencia sino también su ausencia recuerde a la gente a su Señor”.

Es necesario, pues, afirmar y celebrar la ausencia, el vacío, la falta de sentido. **La gran tentación del ministerio consiste en celebrar tan sólo la presencia del Señor, olvidando su ausencia.** Dice Nouwen que con frecuencia lo que más preocupa al ministro es dejar a la gente contenta y crear una atmósfera de apariencia de estar totalmente O.K. De este modo, todo queda recubierto y no se deja espacio vacío en el que se pueda afirmar nuestra básica carencia de plenitud. Se tiende a una superficial apariencia de felicidad y de sentimientos de presencia de Dios negando su ausencia, el dolor, la falta de explicaciones propia de nuestra condición y tan presente en la experiencia del que trabaja en el mundo de la salud y del sufrimiento. De nada serviría cualquier respuesta teórica a la pregunta sobre el sentido en el orden de las especulaciones filosóficas cuando la pregunta se plantea en el plano experiencial, de lo que psicológica y espiritualmente se experimenta ante la prospectiva de una irremediable partida definitiva.

La lamentación que pueda surgir en los momentos de lucha interior del enfermo es una ocasión privilegiada, por una parte, para acoger el mundo interior del enfermo, sus sentimientos, hablando abiertamente de la muerte. La doctora Kübler-Ross ha afirmado muy claramente cómo es verdaderamente liberador el diálogo sobre la muerte con los pacientes terminales. **Por parte del agente de pastoral es importante la disponibilidad a afrontar esta conversación cuando sea propuesta directa o indirectamente por el enfermo.** Muchas veces basta que sepa que no se evitará la palabra muerte y que haya comprobado que no se censurará el discurso aunque se presente de forma absurda, emotiva, etc., que no se jugará con la mentira, aunque no se pueda decir toda la verdad, que se será since-

ro respondiendo incluso “no lo sé” si es ésta la única respuesta que se encuentra al porqué de tal situación, lo cual no equivale a matar todo tipo de esperanza en el paciente.

La lamentación, el grito ante lo incomprensible o ante el miedo, liberado del freno de la vergüenza que a veces se inflige por el hecho de experimentarlo puede llevar, por otra parte, a que el agente de pastoral ayude al enfermo a convertirlo en oración, a semejanza de Jesús: *“Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué he de decir? ¡Padre, líbrame de esta hora!”* (Jn 12, 27a). En línea con la actitud de Job (c 3), del salmista (Sal 55, 2-3-5-6), de Jeremías (Jr 20, 7-10.14-18), la protesta que puede nacer de la angustia es la forma de manifestar la necesidad de un interlocutor en el diálogo que le permita sentirse persona, es decir, ser en relación, aun en medio de la miseria humana. Es la misma actitud de Jesús, que en el Getsemaní pide ayuda a sus amigos: *“Permaneced aquí y velad”* (Mc 14, 35b). Y se verifica que el verdadero interlocutor en esta situación no es otro que Dios mismo que, mediado a veces por el agente de pastoral, acoge abiertamente lo que hay en el corazón del hombre. La comunicación, la relación de ayuda, es un modo de vencer la “muerte interior” que supone la soledad emotiva impuesta por miedos, tabúes, defensas, etc.

Cuanto venimos diciendo nos hace comprender que **en el acompañamiento espiritual al enfermo grave es necesario respetar al máximo sus emociones y las fases por las que atraviesa.** La descripción del proceso hecho por Kübler-Ross u otros autores no significa que la etapa de la aceptación deba pensarse como una fase feliz en la que el enfermo viva casi un vacío de sentimientos y la lucha por la vida haya terminado porque en el acto de esperar propio del cristiano “hay una radical inconformidad”. No se trata, pues, de promover en el moribundo una actitud de aceptación entendida como resignación pasiva y de renuncia a la lucha. “Es más bien una actitud compleja que comprende inseparablemente la tarea de luchar y la de aceptar cuando y en la medida en que la lucha acusa su impotencia”. De hecho, en alguno de los casos, “lo que en una observación clínica aparece como libre aceptación de la muerte, ¿no será más bien la lenta extinción de las últimas energías?”. La misma Kübler-Ross, a la pregunta “¿Qué significa para usted la aceptación de su muerte?” responde: “Significa estar dispuesto a morir cuando me toque; significa que intentaré al menos vivir cada día como si fuese el último; significa, pero no es necesario decir-

lo, la esperanza de tener mil días más como éste”.

No hay, por tanto, un único modelo proponible de actitud ante la muerte para que ésta sea vivida de forma humana y digna. De hecho, Walter Nigg ha descrito bien cómo la muerte de los santos —que quizá tienda a proponerse muchas veces como modelo— no puede reducirse a un único denominador, sino que debe ser descrita en su multiplicidad. Por eso se habla hoy de “vivir la propia muerte”, es decir, ser protagonista de la propia muerte sin ser arrastrado por otros en un proceso de expropiación de la misma que lleve a que a una persona “la mueran los demás”.

Desde el punto de vista de la fe no es indiferente, ciertamente, la actitud tomada, pero la cuestión no es meramente psicológica, como nota Arregui:

“El problema no es si se muere con resignación o con angustia, sino si hay motivos para estar angustiado o resignado. Lo que importa no es morir con resignación, porque ése sea el modo más higiénico o el menos doloroso recomendado por la Medicina, sino si la resignación, la depresión o la angustia son las actitudes correctas ante la propia muerte. Y en este punto no caben las generalizaciones, pues la actitud correcta ante la propia muerte depende esencialmente de cómo se haya vivido. Sustituir un problema existencial por una cuestión psicológica es errar absolutamente el tiro”.

La cuestión es, más bien, teológica. Si es cierto, como apunta Frankl, que un comportamiento digno de valor y significado a la vida, aun en las circunstancias extremas, porque con tal actitud el hombre siente la propia responsabilidad para con los valores y esto hace emerger la dimensión específica del ser humano, es decir, la propia conciencia y responsabilidad, es cierto también que hemos sido expropiados de nuestra vida y de nuestra muerte por el mismo Cristo que ha asumido la condición humana. “Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos” (Rm 14, 8).

El principio que transforma el sentido del sufrimiento y de la muerte es el hecho del “ser-en-Cristo” o “con-Cristo” propio del bautizado. En la persona de Jesús, en su “cuerpo” ya glorioso, tenemos ya una “morada eterna”: éste es el principio último que hace comprender la transformación del sentido de nuestras penas y

tribulaciones. Esta realidad muestra la intimidad que la resurrección ha creado entre Jesús y los que creen en El y la verdadera superación de la angustia ante la muerte. “Hay, pues, una verdadera apropiación de nuestra muerte por parte de Cristo”.

De aquí se comprende, pues, que pastoralmente no sea el lenguaje exhortatorio el que en muchas situaciones se manifieste como el más apropiado, puesto que no se trata de acompañar para que el enfermo terminal adopte una actitud específica, cuando de participar con él en la experiencia humana y espiritual de sentirse envueltos en el Misterio de la vida, en el Misterio de la misma fe.

Es interesante la respuesta que Bernanos pone en boca de la priora en el libro *Diálogos de las carmelitas*:

“Madre María:

No merecíamos el gran honor de ser introducidos y asociados por obra vuestra a lo que en la Santísima Agonía fue ocultado a la mirada de los hombres ... ¡Oh, Madre! ¡No os preocupéis por mí! Preocupados ya solamente de Dios.

Priora:

¿Qué soy yo en esta hora, miserable de mí, para preocuparme de El? ¡Que se preocupe antes que nada El de mí!”

Este es, quizás, el sentido profundo del Viático: la identificación con Cristo precisamente en el momento en que se experimenta la muerte cercana. La Eucaristía-viático transfigura la muerte, asumiéndola en el misterio Pascual de Cristo, confiriéndole el sentido de una iniciación a la gloria. Es signo del misterio Pascual celebrado en la Eucaristía. Pero el verdadero sentido de la celebración del misterio de la vida y de la muerte cuando se está envuelto en el sufrimiento producido por la enfermedad grave tiene su culmen en el sacramento de la Unción de enfermos.

El encuentro de amor misericordioso con Dios, núcleo central del significado del sacramento de la Unción, hace que la celebración del mismo tenga como objeto “vivir cristianamente la enfermedad”, es decir, reconocer y acoger en comunidad el don de la gracia de Dios en medio de la dificultad impuesta por la enfermedad y presentar a Dios el profundo deseo de una curación total (cuyo núcleo es precisamente la relación con Dios que ya tiene lugar en el sacramento —de ahí su efecto sobre la salud).

Este es el núcleo de la celebración:

"Un sacramento que, como los demás, actualiza el misterio único y central de la Pascua, pero que en la situación de enfermedad vivida por los hermanos les permite no tanto sufrir el dolor con paciencia y resignación, sino luchar contra él y vencerlo con actitud pascual. Pero un Sacramento también que expresa y testimonia una comunidad que, con signos y palabras, hace presente el misterio de curación recibido de su Señor".

El sacramento de la Unción se inscribe en el contexto de la comunidad cristiana que lucha contra la enfermedad mediante todos los medios posibles. Por eso hay que decir que "el sacramento es el punto culminante de nuestra preocupación cotidiana por los enfermos; es la epifanía de las dimensiones y de las motivaciones de esa preocupación". Es la "condensación" de la "sacramentalidad difusa" presente en la actividad sanitaria.

Es difícil ponerse de acuerdo sobre la práctica pastoral de este sacramento que sigue temiéndose y reservándose a la decisión de la familia para cuando "no se moleste" al enfermo y, por tanto, cuando difícilmente pueda ser protagonista del encuentro con la gracia de Dios. Hay quien opina que es un contrasentido su celebración cuando uno no puede vivir su significado o no está consciente y hay quien prefiere seguir las indicaciones del Derecho. En cualquier caso, siguiendo ante todo el dictado del máximo respeto y de una fina sensibilidad humana a la situación del enfermo y de su familia, cabe siempre preguntarse si se celebra la vida en su precariedad, el encuentro con el amor y la gracia sanadora y salvadora de Dios o si se administra cómoda e indistintamente en cualquier situación.

Parece que es requisito importante para acompañar a los enfermos graves a hacer este camino de vivencia cristiana de la propia realidad, que el agente de pastoral, además de las aptitudes específicas de su rol, realice un proceso de integración de la propia condición mortal. Este requisito viene dado por el hecho de que para quien se acerca al que debe morir en breve, la muerte del enfermo prefigura la propia y supone hacer una experiencia del fracaso en lo que éste tiene de más absoluto y definitivo. Una cosa es saber que se ha de morir y otra es estar en constante contacto con quien va muriendo y tener que reflexionar: "todo esto me sucederá algún día a mí probablemente". Cada uno de nosotros parece que siente la necesidad de vivir de espaldas a la muerte. Sin embargo,

considerarse criaturas conlleva la aceptación de nuestra condición mortal y lleva a una catarsis de la propia existencia y confiere a cada momento de la vida un valor último (Mt 25, 31-46) y "nos descubre la consistencia real de los proyectos que llenan nuestra vida". **Integrar el trauma de la muerte en el contexto de la vida es símbolo de madurez humana y religiosa.**

"Entonces la muerte queda destronada de su status de señora de la vida y última instancia. Triunfa el Eros sobre el Thánatos, y el deseo gana la partida. Pero hay un precio para esta inmortalidad: la aceptación de la mortalidad de la vida. Aceptar morir, frustrar el deseo empírico y superficial que pretende vivir eternamente, es condición indispensable y, de este modo, triunfar de manera absoluta".

Integrar la propia muerte significa vivir sabiéndose finito, reconociéndose limitado, dispuesto a *morir* las pequeñas muertes de cada día, poniendo las bases de la propia vida en valores que trascienden la inmediatez del espacio y del tiempo. **Sólo quien es capaz de hablar de la propia muerte puede ayudar a elaborar el luto anticipatorio de los enfermos terminales y sus allegados y puede acoger abiertamente sus miedos.**

Si queremos prevenir tanto la frialdad defensiva como el síndrome del *burn-out* hemos de desarrollar una buena capacidad contemplativa en nuestro hacer ministerial como recurso para comprender y vivir la especificidad de nuestro ministerio en relación a la aportación de otros profesionales en ayuda de los enfermos terminales. Así afirma Nouwen:

"El ministerio es contemplación. Es un descubrir cada día la realidad y la revelación de Dios, así como la oscuridad del género humano. En esta perspectiva la pastoral individual no podrá limitarse nunca a la aplicación de una capacidad o de una técnica porque, en último término, se trata de una continua búsqueda de Dios en la vida del pueblo a quien se quiere servir".

En esta actitud, el agente de pastoral estará en mejor disposición de acompañar al moribundo espiritualmente, liberándose, por otra parte, de ciertos sentimientos de culpa que se experimentan ante quien sufre por el hecho de poseer una situación de salud muy distante a la del enfermo, por el hecho de estar bien.

ABANDONANDOSE EN LA ESPERANZA

La dimensión histórica, comunitaria y mística propias de la celebración hacen que el centro de la celebración de la vida y de la muerte sea el misterio pascual, el misterio de la muerte y resurrección de Jesús. Se plantea así el tema de la esperanza humana, de la esperanza cristiana de la que se dice que el esfuerzo por infundirla es el factor humano-terapéutico más importante. La esperanza es ese "*constitutivum de la existencia humana*" que trasciende el mero optimismo en situaciones como la del enfermo terminal y de la que el autor de la primera carta de Pedro nos invita a dar razón (1 P 3, 15).

El agente de pastoral se siente llamado a ser hombre de esperanza en una encrucijada de sufrimiento y oscuridad, una esperanza que permite mirar más allá de la satisfacción de los deseos inmediatos, e incluso más allá del dolor y de la muerte, una esperanza que proviene de Dios:

"Una guía cristiana es un hombre de esperanza, cuya fuerza, en último término, no está fundada en la confianza en sí mismo que deriva de la propia personalidad ni de expectativas concretas de futuro, sino sobre una promesa que le ha sido hecha".

En el fondo, se trata de un acto de fe en que la muerte no tendrá la última palabra. Una esperanza en cosas futuras, por importantes que sean, no tendrá nunca el valor de la esperanza en Dios, es decir, de las esperanzas de hombres que se confían a El sabiendo que "el futuro no se llama reino de los hombres sino reino de Dios, donde Dios será todo en todas las cosas". La fe cristiana no espera en tal o en cual cosa que haya de suceder en un futuro más o menos lejano, sino que confía en una persona y en una definitiva comunión con ella. De modo sintético, dice Greshake, "quien espera, no espera en el paraíso como en un mundo feliz, sino que espera en Dios, el cual, en cuanto que se le conquista y se alcanza, es ya el paraíso, es decir, la realización de todas las aspiraciones del hombre a la comunicación personal, al amor y a la perfección".

Ahora bien, esta realización total del deseo de comunión y liberación plena, ¿es una fuga en el futuro ante la dura situación presente y ante el evidente fracaso por la proximidad de la muerte o se encarna como un dinamismo actual? La necesidad de mantener relaciones basadas en el amor en el presente, ¿puede mante-

nerse sin futuro? Si por un lado la idea de una vida que va hacia la muerte es más aceptable mediante la fe en la resurrección, la espera de la resurrección, por otro lado, da a la vida el futuro del que necesita para poder amar. Por su propia naturaleza, la esperanza dinamiza el presente, lanza a vivir el amor en las circunstancias concretas de la vida, hace que las relaciones del ahora sean vividas como la anticipación de la comunión profunda con Dios.

Más allá de las esperanzas particulares de nuestra vida en el tiempo, el Padre nos da una esperanza que va más allá del tiempo, no para evadirnos de la historia, sino para introducir en el corazón del mundo una anticipación del "mundo futuro" del que la Iglesia es, de alguna forma, presencia sacramental.

La relación pastoral con el enfermo grave, realizada "en el nombre del Señor" (Hch 4, 10) es anticipación de la deseada relación con Dios, realización de la misma, porque "el cielo ya ha comenzado en el interior de este mundo. Vamos gozando de antemano y en pequeñas dosis las fuerzas del mundo futuro" (Hbr 6, 5). **Cada encuentro, cada relación significativa, cada diálogo que el agente de pastoral logra establecer en el amor, es sacramento de la esperanza**, es actuación del compromiso presente y operante al que conduce la esperanza, bajo la acción del Espíritu. Porque "no habrá motivo de esperarse mucho del futuro si los signos de la esperanza no se hacen visibles en el presente". Así, la relación pastoral de ayuda con el enfermo terminal es empeño por vencer la muerte y todo lo que ella significa mediante la vida de comunión y de fraternidad en medio de los sufrimientos. Se realiza así "el milagro de la fe: la esperanza contra toda esperanza". La esperanza va más allá de la muerte, "surge de experiencias positivas, de experiencias de sentido, que se hacen en esta vida".

La esperanza que dinamiza el momento presente y fundamenta el encuentro y el diálogo pastoral se debe concretar en el enfermo terminal en un conjunto de actitudes que serán fruto de la presencia del Espíritu.

Así, la esperanza "no se adapta", no se queda satisfecha hasta el cumplimiento de la promesa, porque no se reduce al mero deseo, ni al mero optimismo superficial del "todo se arreglará". La esperanza no está reñida con la inseguridad (la "seguridad insegura" dice Laín Entralgo); más aún, "la seguridad no pertenece a la esperanza", dice Santo Tomás. En realidad, este carácter de inseguridad tiene sus beneficios, contrariamente al pensar común:

"Cuando miramos al futuro que se abre ante nosotros, oscuro e indeterminado, es la esperanza la que nos da coraje, pero sólo el miedo o la angustia nos hacen circunspectos y cautos. Así, pues, ¿puede la esperanza ser prevenida y prudente sin el miedo? El coraje sin cautela es estúpido. Pero la cautela sin coraje hace a las personas escrupulosas e indecisas. En este aspecto 'el concepto de la angustia' y el 'principio esperanza' no son opuestos, después de todo, sino que son complementarios y mutuamente dependientes".

- Junto con la inseguridad y el miedo, la esperanza conlleva el coraje, que no se reduce a la mera vitalidad, al simple instinto por sobrevivir, sino que supone "el coraje paciente y perseverante que no cede al desánimo en las tribulaciones".

- El coraje, en muchas situaciones, se traduce en paciencia, en "entereza" o "constancia" (gr. *Hypomoné*).

"La paciencia que tan esencialmente pertenece a la esperanza, expresaría en forma de conducta esa conexión entre el futuro y el presente.

"La esperanza se realiza, cuando es genuina, en la paciencia. La esperanza es el supuesto de la paciencia. Esperanza y paciencia se hallan en continua relación".

La esperanza, pues, es fuente de paciencia y quien se ejercita en la paciencia en medio de las dificultades y a las puertas de la muerte, acabará sintiendo que su vida se abre hacia una meta consoladora y esperada. Y la paciencia supone confianza.

Pablo abunda en sus escritos en la exhortación a la paciencia en medio de las dificultades. A los hebreos les escribe: "Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir lo prometido" (Hbr 10, 36). A los cristianos de Roma les escribe: "Esperar lo que no vemos es aguardar con paciencia" (Rm 8, 25).

La paciencia, no obstante, no implica la falta de "intranquilidad", en cierto sentido, de "impaciencia":

"La resurrección de Cristo no sólo es un consuelo en el sufrimiento, sino también un signo de la oposición de Dios contra el mismo sufrimiento. Por eso, donde la fe se desarrolla en esperanza no hace a las personas tranquilas, sino intranquilas; no las hace pacientes, sino im-

pacientes. En vez de amoldarse a la realidad dada, esas personas comienzan a sufrir por ella y a oponerse a la misma".

Incluso la desesperación, es cierto sentido, forma parte de la dinámica de la esperanza. El desesperado aún espera, siente que puede esperar aunque no sepa el objeto de su esperanza. "El gran riesgo de la desesperación es que termine en la desesperanza. En este estado, el sujeto no solamente no tiene un proyecto, sino que, además, está seguro de que nunca lo tendrá. Su vida no solamente no tiene ningún sentido, sino que está seguro de que no lo hay, y no puede haber, nada capaz de dar a su propia existencia (...) un sentido verdaderamente satisfactorio".

- Moltmann dice también que "la conversión es la práctica de la esperanza viva. El que no posee ninguna esperanza no puede convertirse, puesto que no tiene futuro ante sí para el que 'cambiar' hacia algo mejor".

Pablo dice a los cristianos de Tesalónica: "Hermanos, no queremos que estéis en la ignorancia respecto a los muertos, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza" (1 Tes 4, 13).

- En último término, **la esperanza se traduce en abandono en Dios, en quien se deposita el máximo de confianza.** Abandonarse en Dios en total confianza no significa una actitud pasiva de resignación. Más bien tiene lugar una dialéctica entre lucha y aceptación. Es una lucha que acepta que Dios diga la última palabra, una lucha como expresión de la esperanza y vida desde la aceptación en la que la persona es sujeto.

En conclusión, el hacer del agente de pastoral con los enfermos terminales debe estar embebido de la verdadera esperanza, la que supera la simple búsqueda de la satisfacción de los deseos y tiene sus raíces en una Persona. De esta forma podrá dar testimonio de la propia esperanza (1 P 3, 15) en una relación que nutrirá la verdadera esperanza, "el arte de esperar" del enfermo y dará calidad y salud a la vida en medio del sufrimiento (Tit 2, 2), una relación basada, pues, en la esperanza en Dios, sabiendo que "la esperanza no falla porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones" (Rm 5, 5).

Dios es la única fuerza, en el fondo, de la esperanza en medio del sufrimiento y ante la muerte. Dios, que se manifiesta por medio de las personas, de signos sacramentales, de su Palabra. El cielo será la salud plena para el cristiano. Y el testimonio de esta realidad lo dará el

agente de pastoral con su saber estar, en medio de la pobreza radical experimentada ante los enfermos terminales, en medio del profundo silencio al que invita la sacralidad de tal situación, en el cual el misterio puede ser concelebrado.

Para la reflexión personal

CELEBRAR LA VIDA, CELEBRAR LA MUERTE

• ¿Tiendo a celebrar sólo lo positivo en la vida? ¿Cuáles serían las notas más personales de una actitud de celebración de la muerte?

• En las celebraciones litúrgicas, en las homilias, en las oraciones, ¿presento un Dios que "llena siempre el vacío" o "dejo espacio" también a un "Dios escondido y ausente"?

• ¿He hecho con mi pasado un proceso de integración de lo negativo, de "reconciliación con la vida" y sus límites?

• ¿Y yo, experimento la gracia del perdón mediante la celebración del sacramento o también para mí está en crisis?

• ¿Tiendo a concebir y calificar de "buena muerte" aquella que es más higiénica, poniendo el acento en las actitudes o reacciones psicológicas?

• ¿De qué manera siento que me afecta el misterio Pascual en la vida cotidiana?

• ¿Reduzco la esperanza a la dimensión moral (actitudes), psicológica, o siento que me afecta constitutivamente?

• ¿Qué modos y qué dificultades encuentro para "dar razón de mi esperanza"?

• ¿En qué circunstancias pediría yo la celebración del sacramento de la unción para mí?

• ¿Cómo vivo mis pérdidas personales? ¿Qué puedo aprender de las pérdidas de mis seres queridos ya vividas?

• En mi ministerio, ¿me centro en el activismo o vivo la dimensión contemplativa? ¿Cómo podría adiestrarme en *contemplar* en mi acción pastoral?



Sor Antonia, Religiosa Camiliana, asistiendo a enferma en Hospital Clínico de la Universidad Católica.

Los anteojos de Dios*

Mamerto Menapace

Este relato nos cuenta lo que ocurrió a un empresario que acababa de fallecer y camino del cielo esperaba encontrarse con el Padre Eterno para asistir a su juicio final, un proceso sin trampas y a verdad desnuda. El no iba nada tranquilo, porque en su vida había realizado muy pocas cosas buenas. Mientras llegaba al cielo iba buscando en su conciencia ansiosamente aquellos recuerdos de cosas valiosas

que hizo en su vida, pero pesaban mucho sus años de explotador y usurero. Había encontrado en sus bolsillos alguna carta de personas a las que había tratado de ayudar para presentarlas a Dios, como créditos de sus pocas buenas obras. Llegó por fin a la entrada principal, muy preocupado, no lo podía disimular. Se acercó despacio y le extrañó mucho ver que allí no había cola para entrar ni había nadie en las salas de espera. Pensó: "O aquí vienen muy pocos clientes o les hacen entrar en seguida..."

Avanzó más adentro y su desconcierto todavía fue mayor al ver que todas las puertas esta-

* En "Eventos rodados", Ediciones Patria Grande. Buenos Aires (pp. 25-29).

ban abiertas y no había nadie para vigilarlas. Golpeó la puerta con el puño. Nadie contestó. Dio una palmada y nadie salió a su encuentro. Miró hacia dentro y quedó maravillado de lo hermosa que era aquella mansión, pero allí no se veían ni ángeles ni santos ni doncellas vestidas de luz. Se animó un poco más y avanzó hasta llegar a una puerta acristalada. Y nada. Se encontró perfectamente en el mismo centro del paraíso sin que nadie se lo impidiera. "¡Aquí todos deben ser gente honrada! ¡Mira que dejar la puerta abierta y sin nadie que vigile...!"

Poco a poco fue perdiendo el miedo y fascinado por lo que veía se fue adentrando en los patios de la gloria. Aquello era precioso. Como para pasarse una eternidad mirando el mismo lugar. De pronto, se encontró entre algo que tenía que ser el despacho de alguien muy importante. Sin duda era la oficina de Dios. Por supuesto que también estaba la puerta abierta de par en par. Titubeó un poquito antes de entrar; pero en el cielo todo termina por inspirar confianza, así que penetró en la sala y se acercó al escritorio, una mesa espléndida. Sobre ella había unos anteojos, que él comprendió debían ser los anteojos de Dios. Nuestro amigo no pudo resistir la tentación de echar una miradita hacia la tierra con aquellos anteojos. Fue ponérselos y caer en éxtasis. "¡Qué maravilla! Si desde aquí, con estas gafas, veo toda la tierra..."

Con aquellos anteojos se lograba ver toda la realidad profunda de las cosas sin la menor dificultad, las intenciones de las personas, las tentaciones de los hombres y de las mujeres. Todo estaba patente ante sus ojos. Entonces se le ocurrió una idea. Trataría de buscar desde allá arriba a su socio, que, sin duda, estaría en la empresa donde ambos trabajaban: una especie de financiera, desde donde ejercían la usura y hasta el robo, en muchas ocasiones. No le resultó difícil localizarlo, pero le sorprendió en un mal momento. En ese preciso instante, su colega estaba estafando a una pobre anciana que había ido a colocar sus ahorros en aquella empresa, en un fondo de pensiones que no era sino un "came-llo". A nuestro amigo, al ver la cochizada que su socio estaba haciendo, le subió al corazón un profundo deseo de justicia. En la tierra nunca había experimentado tal sentimiento. Pero, claro, ahora estaba en el cielo. Fue tan ardiente ese deseo de justicia que, sin pensar en otra cosa, buscó a tientas algo debajo de la mesa para lanzárselo a su amigo (el banquillo donde Dios

apoyaba los pies), con tan buena puntería que el banquillo fue a parar a la cabeza de su socio, dejándole tumbado allí mismo. En ese momento nuestro hombre oyó tras de sí unos pasos. Sin duda era Dios. Se volvió y, en efecto, se encontró cara a cara con el Padre Eterno.

—¿Qué haces aquí, hijo?

—Pues... pu... pu... la puerta estaba abierta y he entrado.

—Bien, bien, bien; pero, sin duda, podrás explicarme dónde está el banquillo en que apoyo mis pies cuando estoy sentado en mi mesa de trabajo.

Reconfortado por la mirada y el tono de voz de Dios, fue recuperando la serenidad.

—Bueno, pues, yo he entrado en este despacho hace un momento; he visto los anteojos sobre la mesa y he caído en la curiosidad de ponérmelos y he echado una miradita al mundo.

—Sí, sí, todo eso está muy bien; estás siendo muy sincero conmigo; pero yo quisiera saber qué has hecho con mi banquillo.

—Mira, Señor, al ponerme tus anteojos he visto todo con gran claridad y he visto a mi socio. ¿Sabes, Señor? Estaba engañando a una pobre anciana, haciendo un negocio que era un engaño y me he dejado llevar por la indignación; y, claro, lo primero que he encontrado a mano ha sido un banquillo y se lo he tirado a la cabeza. Lo he dejado K.O., Señor. ¡Es que no hay derecho! ¡Era una injusticia!

—Imagínate que yo, cada vez que veo una injusticia en la tierra, comienzo a lanzar banquillos a la cabeza de los hombres. No sé los que quedarían ahora.

—Perdóname, Señor, he sido muy impulsivo, lo sé...

—Sí, claro. Estuvo bien que te pusieses mis anteojos, hijo. Pero, para mirar la tierra y a los hombre, te olvidaste de una cosa: ponerte también *mi corazón*. La próxima vez que te sientas indignado ante algo que los demás hacen mal, no te olvides, ponte también *mi corazón* de Padre, y recuerda: sólo tiene derecho a juzgar el que tiene poder para salvar. Vuelve ahora a la tierra y te doy otros cinco años para que practiques lo que esta tarde aquí has llegado a comprender...

Y nuestro amigo, en ese momento, se despertó mojado en sudor, observando que por la ventana entreabierta de su dormitorio entraba un espléndido sol.

Hay historias que parecen sueños y sueños que podrían cambiar la historia.

Sobre la ingratitud*

Dr. Osvaldo Loudet

Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagrado.

CERVANTES

Cuando La Bruyère escribía que no hay en el mundo exceso más bello que el de la gratitud, quería significar, sin duda, que colocaba fuera de la medida y de la prudencia la exteriorización exuberante de este sentimiento. Bello es, pues, y justificable, el exceso en la gratitud. Sentimiento de natural nobleza, implica la existencia de una sensibilidad moral, de una memoria del corazón y de una generosidad retributiva.

* Tomado del libro "Vida y espíritu del médico", de O. Loudet. Colección Vértice. Edit. G. Kraft Ltda. Buenos Aires, 1952.

La reacción espontánea de todo ser humano que recibe un bien del semejante es la simpatía, la estimación, el agradecimiento. Y cuando ese bien es la salud restaurada, después de una asistencia breve o larga, pero siempre abnegada y plena de altruismo, la gratitud debe ser más profunda e imperecedera. Si esto sucede muchas veces, para honra de la especie humana, en otros casos entristece la indiferencia, la insensibilidad, el olvido de muchas gentes. Acontece, a menudo, que durante el período culminante del drama clínico, cuando el enfermo está grave y el porvenir es incierto, cuando la lucha es más

tenaz y sin respiro –y el paciente oscila entre la vida y la muerte– aparecen en los familiares la emoción del reconocimiento, el sentimiento de la gratitud. Y este sentimiento, que se asoma a los ojos y que tiembla en los labios, llega a su plenitud cuando el enfermo es declarado fuera de peligro. Pero esta gratitud, en inúmeros casos, va atenuándose con el transcurrir del tiempo y corre el riesgo de agotarse totalmente. Pasado el peligro, terminada la lucha, vuelta a la vida normal, desaparecido el temor, cumplida la esperanza, aquel sentimiento se extingue y parece no tener raíces para nutrirse. Esta gratitud fugaz ya no vivirá del recuerdo. No existe la memoria afectiva en esta gente que vive la hora que pasa y luego la hunde en el olvido. ¡Qué diferencia con la gratitud reflexiva, que dura siempre, que no se funda tampoco en el éxito del médico, y que surge y crece y se hace perenne ante el espectáculo silenciosamente heroico del que lucha por salvar la vida de un semejante, cumpliendo sencillamente con su deber! Esta gratitud reflexiva, en que el sentimiento está sostenido por la razón, no se exterioriza en forma exuberante y ruidosa. Ni siquiera son necesarias mínimas palabras, aquellas que sólo pedía Cicerón a los ingratos: gracias. Este agradecimiento se expresa por una mirada, por una lágrima, por un apretón de manos. ¡Qué premio mayor, qué tesoro más grande, qué gloria más pura puede tener el médico que salva una criatura, que recoger en sus manos abiertas las tibias lágrimas de una madre agradecida!

Los reconocimientos sirven para compensar las ingratitudes y ello se traduce algunas veces por unas cuantas flores. Existen casos en que la gratitud requiere mucho tiempo para madurar y toma el aspecto de un remordimiento tardío. Me refería un ilustre maestro de la Facultad la sorpresa que recibió con motivo de uno de sus cumpleaños. Una señora anciana, a quien no veía desde veinte años atrás, lo llamó por teléfono para saludarlo y para pedirle perdón por haberlo agraviado con ásperas palabras cuando murió uno de sus hijos de meningitis tuberculosa. Reconocimiento tardío, pero reconocimiento al fin.

Nadie podrá pagar las angustias, preocupaciones, dudas, de un médico frente a un caso grave y difícil, cuya reacción favorable puede depender más de la naturaleza del enfermo que la del tratamiento. Cruvelhier, el insigne anatomista, discípulo sobresaliente de Dupuytren, ha escrito estas palabras sobre el dolor del médico, tan ignorado o poco valorado por sus enfermos: "El amor a la humanidad, el cuidado legítimo

de su reputación, la angustia de no haber hecho probablemente todo lo que hubiera sido posible hacer, el dolor de la familia, todas esas impresiones, como otros tantos estiletos hieren su corazón".

Este dolor médico oscuro y escondido debe permanecer así. Oscuro y escondido. Si ese dolor se tradujese en el semblante o en las palabras, conduciría al enfermo a la catástrofe y a la familia a la desesperación. Revelarlo sería grave imprudencia, insensatez. El médico no debe mostrar lágrimas en sus ojos. En ellos no debe aparecer más que la serenidad del hombre de ciencia y la esperanza del hombre de bien. Su sensibilidad será controlada y dominada por una inteligencia lúcida y una férrea voluntad. Debe deshumanizarse circunstancialmente para no perder la brújula en medio de la tempestad. Hay múltiples dudas e inquietudes detrás de muchas máscaras serenas. Hay actitudes estoicas impuestas por la profesión y la vida. De nuestro dolor escondido y domeñado dependen la esperanza, la felicidad y hasta la vida de los que han puesto su destino en nuestras manos.

No hay que lamentarse de la ingratitud de los hombres. Hay que analizar el origen de las varias ingratitudes para poder perdonarlas. Existen ingratos por soberbia, por orgullo; los hay por ignorancia, por incomprensión; los hay por insensibilidad, por anestesia moral. Los primeros padecen de una sobrevaloración del yo y para éstos los sacrificios del prójimo tienen poca importancia y constituyen un tributo lógico a su personalidad. Algunos, en su egofilia patológica, serían capaces de rechazar un auxilio salvador en momentos apremiantes. Recuerdo el caso de un aristócrata, pobre de espíritu, que, después de una transfusión de urgencia, no tuvo una palabra de gratitud para el donante, hombre humilde. ¡Estaba preocupado, porque su sangre azul se había mezclado con sangre roja!

Cierta vez un soberbio señor, al subir a una barca para cruzar el Sena, cayó al agua y fue salvado prestamente por el barquero. En lugar de agradecer el gesto del pobre hombre, se enojó con él, diciéndole que él mismo hubiera podido salir de tan crítica situación sin el auxilio de nadie. El barquero le contestó que si estaba tan enojado por haber sido retirado del agua, lo arrojaría de nuevo, para que tuviese el honor de salir solo...

Los segundos, o tienen un juicio insuficiente para valorar los ajenos afanes, o son de una ignorancia tal, que no comprenden la pericia y la ciencia de los salvadores. Permanecen indiferentes, mudos, fríos.

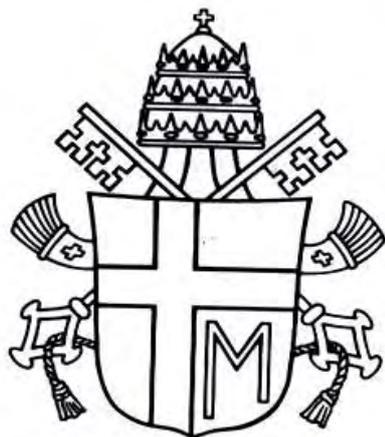
Los últimos tienen el corazón tan seco, tan ácido, que es inútil sembrar en ellos las tiernas semillas de la bondad y la caridad. No hay germinación posible.

Cuando la ingratitud y la indiferencia es la respuesta a la abnegación, al sacrificio, al bien dispensado, esa abnegación, ese sacrificio y ese bien adquieren una pureza, una luminosidad mayores. No podemos acusarnos del más mínimo interés, del más pequeño egoísmo. Sólo sentimos un puro amor que vale por sí mismo; un puro amor, sin provecho, sin dádiva, sin premio. ¿Qué le queda a los miserables que han perdido ese sentimiento o no lo han tenido jamás? ¿Qué es la ingratitud en su esencia, en su reinado, en su maleficio? Lo ha dicho San Bernardo en cuatro líneas dolorosas: "La ingratitud es la enemistad del alma, la dispersión de las virtudes, la pérdida de los beneficios, viento que quema, que seca la fuente de la piedad, el rocío de la misericordia y las corrientes de la gracia".

¿Quiénes pueden quejarse, quiénes pueden sublevarse frente a la ingratitud del hombre, si recuerdan la escena bíblica de Jesús y los leprosos? ¿Qué sonrisa puede igualar aquella dulce y

misericordiosa que iluminó el rostro divino, después que desaparecieron los que habían sido curados? ¡Qué tarde milagrosa aquella, de mágicas transfiguraciones en el cielo, en la tierra y en los hombres! Primero la tarde era gris, áspera y ventosa. El cielo estaba manchado de nubarrones oscuros y desgarrados. El camino resquebrajado, agresivo para las miserables sandalias. El Señor platicaba mansamente con Lucas, cuando se acercaron los diez leprosos. Manchas tumefactas de extrañas geografías hacían sus caras inhumanas. Huían de ellos las miradas de los caminantes, porque temían contagiarse por los ojos. ¡Pobres ruinas humanas!... Jesús los miró con ternura. Sus divinas manos borraron aquellas manchas sinuosas, aquellas llagas pestilentes, aquellas horribles anatomías. Después todos se alejaron menos uno. Era el único que permaneció a su lado para darle las gracias. Jesús sonrió con mansedumbre. La tarde se había vuelto serena, silenciosa, cristalina. Su figura se recortaba sobre el fondo azul, tan alta y plácida, que la primera estrella parecía descender sobre su frente. El firmamento estaba limpio, transparente, luminoso. En los ojos del Señor no había una nube...

A propósito de la Encíclica *Evangelium Vitae**



Escudo de Su Santidad Juan Pablo II



Escudo Episcopal de Monseñor Piero Biggio L.

Comentario del Nuncio Apostólico de Su Santidad, Monseñor Piero Biggio

I. INTRODUCCION

Quiero hacer público mi saludo, antes de iniciar estas palabras, como expresión de mi reconocimiento al señor Rector y a las autoridades de esta Casa de Estudios Superiores por la oportunidad que me han ofrecido de participar en la reflexión académica de la Universidad del Mar.

* Conferencia dictada en la Universidad del Mar. Viña del Mar.

La universidad, a través de la docencia y de la investigación, tiene en medio de la sociedad una misión profética. Precede por eso a la misma sociedad, señalando derroteros y superando escollos. Como universidad, su preocupación es el universo del saber; por tanto, no se pone límites. Le interesa todo conocimiento, toda la verdad, allí encuentra la realidad del universo en su misma fuente y particularmente la realidad del hombre. Resulta muy natural, entonces, sumar a la reflexión universitaria la del Magisterio de la Iglesia Católica, que es experta en humanidad y camino de verdad y vida.

Ya San Pablo Apóstol intervino en el aerópago de Atenas, ante los representantes de las escuelas filosóficas. Y desde los primeros siglos de la Iglesia, pensadores, filósofos y teólogos empezaron a presentar la novedad del cristianismo en los grandes centros culturales del imperio romano, como Alejandría, Atenas y hasta en Roma. Pronto la Iglesia crea sus propios centros, y de las escuelas medievales, poco a poco, surgen las universidades.

La Iglesia inventó las universidades con una arquitectura humano-divina. En la cúspide estaba la ciencia de Dios, la Verdad, en la que todas las ciencias adquirían unidad y sentido, sin perder sus propias autonomías, sus objetos y métodos propios.

El principio que ordenaba las universidades era entonces, y aún permanece, la certeza de que Dios es la Verdad Absoluta y que todo el saber humano participa en muchas formas de esta Verdad. El objetivo del pensamiento universitario es recrear con la ciencia una unidad perfectamente ordenada, un cosmos, vivo reflejo de la Verdad Absoluta: Dios. La teología anima, impulsa e ilumina la razón en su búsqueda de la verdad. Nunca la entorpece. Al contrario, le sirve de criterio, dado que no puede haber contradicción entre la fe y la razón, cuyo objeto es la misma Verdad. La fe perfecciona el papel de la razón; de ninguna manera lo anula, ni siquiera lo disminuye.

Cuando las universidades perdieron su orientación teológica, animadas por un progreso científico y tecnológico siempre creciente, empiezan a transmitir a la sociedad un saber positivista, materialista que paulatinamente las va separando de Dios hasta prescindir de El, por parecerles ya innecesario, dado que la ciencia explica y satisface todo lo que el hombre requiere para su vida. "Cuando el hombre pierde el sentido de Dios, pierde también el sentido del hombre" (21).

La revolución que ha vivido la humanidad en los últimos tres siglos, y de modo particular en la última mitad del siglo veinte, la ha llevado a alcanzar metas jamás soñadas de conocimientos científicos que se han traducido en poder económico, en poder político y social extraordinario. En el crecimiento del poder y en su extensión, lo más universal posible, ha consistido el afán del hombre y en ello afirma la propia sobrevivencia. Por tanto, consecuentemente, está siempre en tensión por someter o destruir al otro. El empeño es tan grande, que antes de llegar a acuerdos pacíficos, frecuentemente hay un costo social de hambre y muerte para grandes masas

de personas. El objetivo válido es el éxito. Aún más, la ciencia, en su empeño, se ha propuesto, y ha logrado, controlar la vida, mejorar su calidad, prolongarla en años. Puede también la ciencia genética seguir el proceso del desarrollo del individuo y hasta intervenir para corregirlo, etc. Pero el poder de la ciencia ha pasado no raramente al servicio del poder político o económico que dispone de los progresos científicos para sus propios fines. La historia ha visto que cuando el Estado se ha convertido en fin a sí mismo y no en un servicio a la persona y al bien común, se ha transformado en cruel tirano de la misma persona y de la sociedad. En cambio, la misma historia ha comprobado que los valores de la persona y de la sociedad, como también los valores de los sistemas de gobierno o de la organización social son iluminados, afirmados y aun llevados a realizaciones superiores por la fe. La fe nunca se contraponen a los valores de la persona y de la sociedad. Pero ocurre, como insiste el Papa, que al perder la fe en Dios, Creador y Salvador, el hombre pierde de vista su verdadero valor y destino, y pierde, por consiguiente, la capacidad de comprender el valor de las demás personas (21), con las consecuencias negativas que hoy contempla la sociedad y que han sido los motivos de la Encíclica *Evangelium Vitae* que el Papa ha dirigido al mundo el 25 de marzo de este año.

2. EL EVANGELIO DE LA VIDA

La Encíclica es proclamación de un alegre anuncio, lleno de optimismo, que se dirige a los obispos y a toda la Iglesia, como igualmente "a todas las personas de buena voluntad". Su objetivo es despertar la conciencia de la humanidad, que parece dormir frente el desastre que está viviendo y que se va agravando.

Es también denuncia solemne, urgente, apremiante, para todos, de estos desastres, cuales con los atentados perpetrados contra el valor, la dignidad, la inviolabilidad de la vida humana, sea en el ámbito privado, como en el ámbito público.

Los escenarios de muerte, que implican, por desgracia, a poblaciones inermes, nos recuerdan que el pecado sigue devastando la existencia del hombre, obra maestra de Dios. Las amenazas contra la vida cobran hoy dimensiones enormes: "se trata de amenazas programadas de manera científica y sistemática". (17) "¿Cómo detener la mano de Caín? ¿Cómo fortalecer nuevamente el bien que el Creador ha puesto en el corazón

del hombre? ¿Cómo sanar y salvar al mundo?" El Santo Padre mismo se contesta: "Para ello, hace falta una respuesta evangélica, que se llama precisamente *Evangelium Vitae*, 'el Evangelio de la Vida'". (*Angelus*, 2 abril 95).

El documento es efectivamente una respuesta histórica al clamor de la Iglesia expresada por los Cardenales de todo el mundo que concurrieron al Consistorio de abril de 1991, y es, además, el fruto de la consulta que el Papa hizo posteriormente a los Obispos de toda la Iglesia, como Colegio Episcopal, sobre "el valor de la vida humana y su carácter inviolable". Es, pues, la voz de la Iglesia, Madre de todos los hombres y "sacramento universal" de salvación (LG 1) que, fiel a su vocación, sale a defender al hombre en esta encrucijada de la historia en que se halla increíblemente amenazado, a merced de una cultura de la muerte que se universaliza y, en muchas partes aún, se protege con la fuerza de las leyes.

El mismo Santo Padre señala que esta intervención compromete también su misma vocación y como un eco al "¡ay de mí, si no evangelizara!" (1 Cor 9, 16) de San Pablo, dice: "No podríamos tener alegría plena si no comunicásemos este Evangelio a los demás, si sólo lo guardásemos para nosotros mismos". Pues el Evangelio de la vida es para la ciudad de los hombres. Trabajar en favor de la vida es contribuir a la renovación de la sociedad mediante la edificación del bien común (101). No hay bien común sin reconocimiento y protección del derecho a la vida: en él se fundan y desarrollan todos los demás derechos inalienables de la persona. Sólo el respeto a la vida fundamenta sólidamente la sociedad y garantiza bienes como la justicia, la democracia, la paz.

Dirigiéndose a los jóvenes en la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud, el Papa los anima: "¡Proclamad y testimoniad el Evangelio de la vida! Ustedes sienten con fuerza la vida en el propio ser. No basta sentirla, sino también comprenderla profundamente en su plena verdad, para apreciarla, guardarla, amarla". El aporte de la Iglesia en esta Encíclica es una invitación a reconocer la vida como don que hay que acoger con gratitud, que hay que vivir según la ley del amor de Dios y que hay que entregar responsablemente al servicio de los hermanos. La vida propone exigencias severas, les dice el Papa. Pero si hay un "no matarás", es porque está en función de un gran "sí a la vida". Es un "sí" que el Papa confía a los jóvenes de modo especial: "Sed portavoces de este 'sí', sed apóstoles de este 'sí'. Como los jóvenes que

aclamaron a Jesús a la entrada de Jerusalén, les invito a ser el nuevo pueblo de la vida y para la vida. Con entusiasmo juvenil construyan un dique contra la 'cultura de la muerte', y hagan avanzar la 'cultura de la vida'" (*Angelus*, 9 abril 95).

Si bien el Papa anima a los jóvenes en este especial mensaje, en la introducción de la Encíclica manifiesta el ardiente deseo de hacer llegar sus palabras a todas las personas de buena voluntad, interesadas por el bien de cada hombre y de cada mujer y por el destino de toda la sociedad (5).

Y en seguida agrega su deseo de hacer esta meditación sobre la vida como un complemento a la "Carta a las Familias", dirigida en 1994 a "cada familia de cualquier región de la tierra". Confía, además, que en todos los niveles sociales resurja y se refuerce el empeño por sostener la familia, para que, en medio de las dificultades y amenazas que la asedian actualmente, se mantenga siempre, según el designio de Dios, como el "santuario de la vida" (6).

A todos los miembros de la Iglesia dirige el Papa... la más apremiante invitación para ofrecer al mundo todos juntos, nuevos signos de esperanza, trabajando por la justicia y la solidaridad y para afianzar la nueva cultura de la vida humana, en la edificación de una auténtica civilización de la verdad y del amor (6).

3. "LA VIDA SE MANIFESTO Y NOSOTROS LA HEMOS VISTO" (JN 1, 2), EN CRISTO PALABRA DE VIDA

La expresión Evangelio de la Vida plantea desde el principio que el tema se aborda desde el punto de vista del Evangelio, es decir, desde el punto de vista de la fe, de la teología. Pero con ello está planteándose también una definición de la vida desde su fuente original: la verdad plena sobre la Vida es Dios y es el fundamento, por tanto, de su dignidad y de sus más auténticos derechos.

Siguiendo su estilo propio y característico, el Papa procede en su meditación partiendo de la Sagrada Escritura. Tiene también frecuentes citas del Concilio Vaticano II, del Magisterio y de los Padres de la Iglesia. Asimismo, con solemnidad pontificia, empeñando el Magisterio, confirma a sus hermanos en la fe puntualizando en forma ineludible algunas declaraciones básicas sobre la inviolabilidad de la vida.

La Encíclica recoge en una nueva síntesis muchos conceptos presentados por el Papa en documentos anteriores, pero de modo particular se ilumina con la teología de Cristo, Redentor del hombre. Entonces cuando habla de vida, habla de Vida en Cristo, a lo que San Pablo se refería cuando afirmaba: "Mi vivir es Cristo". "Para mí la vida es Cristo" (Filip 1, 21). "No vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal 2, 20). Igualmente, en la primera carta de San Juan se identifica a Jesús con la Vida Eterna, y quien tiene la Vida Eterna se pone en comunión con Dios: "Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. Quien tiene al Hijo tiene la Vida; quien no tiene al Hijo no tiene la Vida" (1 Jn 5, 11-12). La vocación del hombre redimido es realizar la vida en Cristo, la vida en Dios: "porque ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que ya vivamos, ya muramos, del Señor somos" (Rom 14, 7-8). No podía ser de otra forma, pues en Cristo somos hijos de Dios. Y la dignidad de Hijo se participa a los hijos por la gracia de la Redención.

La Encíclica ocupa mucho espacio en afirmar esta identidad entre la Vida y Cristo, que funda la profunda y sagrada dignidad de la persona humana llamada por Dios a participar de la vida eterna, es decir, a vivir en comunión con El, como una expresión gratuita de su amor infinito: el amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito para que nosotros vivamos por El (1 Jn 4, 9). Es Cristo la clave de lectura del valor de la vida, el parámetro moral que funda la defensa de la vida y de la dignidad de la persona. La Encíclica dirigida a destinatarios tan diversos, expresamente señala que los argumentos racionales que afirman el valor de la vida, el respeto que le corresponde y la obligación de defenderla, son profundamente válidos; la fe, sin embargo, los perfecciona. No se trata de poner en segundo plano tales argumentos de la ética racional. El Papa recuerda frecuentemente que la dignidad de la persona naturalmente reside en ser creatura, creada a imagen y semejanza divina e insiste señalando que el hombre es la única creatura a quien Dios ama por sí mismo. La vida natural es un valor, un bien universal, prioritario absoluto, fundamental frente a todos los demás posibles derechos humanos. Cristo, sin embargo, interviene en el curso de la historia humana y enriquece al

hombre. El es la Vida Eterna (Jn 1, 4; 14, 16) y viene para dar vida al hombre y para darla abundantemente (Jn 10, 10). Es una vida nueva: "Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros", enseña San Pablo, "el que no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece, mas si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo ya haya muerto, a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia. Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rom 8, 9-11).

Así, el hombre es la gloria viviente de Dios (S. Ireneo), por el hecho de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios y por haber sido llamado a reproducir la imagen de Cristo, su Hijo (Rom. 8, 29). Cristo Jesús garantiza esa gloria de que habla San Ireneo, la vida eterna: "Todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás" (Jn 11, 26).

4. UNA NUEVA CUESTION SOCIAL

Como hace cien años, el Papa León XIII salió al encuentro de grandes sectores de la sociedad que habían quedado desamparados, marginados, a un nivel socioeconómico sólo comparable con el de los esclavos, con una Encíclica que señaló un cambio, con denuncias apremiantes y con planteamientos evangélicos, así, ahora, otra Encíclica denuncia al mundo una nueva y gravísima cuestión social, porque importantes y significativos sectores de la sociedad están siendo marginados como enemigos, y sistemáticamente eliminados, por constituir un peligro para el sector de los poderosos. La Encíclica *Rerum Novarum*, cien años atrás, salió a defender a la clase de los trabajadores explotados que constituían la parte más débil de la sociedad. Ahora, *Evangelium Vitae* sale al encuentro de otro sector social, el más débil e inerte, para defenderlo de los atentados que lo amenazan. Hay amenazas que proceden de la naturaleza misma y que se agravan por la negligencia culpable de los hombres y que muchas veces pueden obviarse; otras, sin embargo, "son fruto de situaciones de violencia, odio, intereses contrapuestos que inducen a los hombres a agredirse entre sí con homicidios, guerras, matanzas y genocidios". Millones mueren por la miseria y el hambre: por la inicua distribución de las riquezas; otros, por las guerras, favorecidas por el

comercio escandaloso de armas y también por el desequilibrio ecológico creado por el desorden; otros, por la criminal difusión de la droga y por la práctica inmoral y hasta riesgosa de la sexualidad, etc. (10).

La Encíclica va más allá todavía, y denuncia precisamente un género especial de atentados que se relacionan con la vida naciente y terminal, los que incluyen la especial gravedad de estar perdiendo, en la conciencia colectiva, el carácter de "delito" para asumir paradójicamente el carácter de "derecho", hasta el punto de pretender por ello un verdadero y propio reconocimiento legal por parte del Estado y la sucesiva ejecución, mediante la intervención gratuita de los mismos agentes sanitarios (11). Estos atentados golpean la vida humana en situaciones de máxima precariedad, cuando está privada de toda capacidad de defensa, cuando aún no puede denunciar el delito o su dolor, con el llanto. Más grave aún, cuando los exige la misma familia, que, por constitución, está llamada a ser el "santuario de la vida" (11).

Esta perspectiva o clave de lectura sitúa este documento en el cuerpo de la doctrina social de la Iglesia. No se trata de un mero texto de moral sexual o de ética individual, sino de ética social: el aborto, las experiencias con embriones, la eutanasia, son "la nueva frontera de la cuestión social". En efecto, la doctrina social de la Iglesia periódicamente ha ido marcando el acento sobre los nuevos problemas sociales que han angustiado a la humanidad. Desde la cuestión obrera afrontada por la *Rerum Novarum*, sucesivos documentos han combatido las amenazas a la paz y a los derechos humanos, al trabajo humano y al desarrollo internacional, ahora con valentía sale a defender la vida humana, como un bien indivisible: de toda vida humana, sobre todo la que se encuentra en las situaciones límites, como la de la vida del niño por nacer, la del anciano, la del minusválido, la del enfermo terminal. La defensa se funda en principios siempre válidos: el primado de la persona y su dignidad, más allá de cualquier consideración sobre su utilidad o eficiencia, situación o desarrollo, salud y capacidad. Desde la concepción hasta el término natural de la vida, la persona debe ser acogida y respetada en todos sus derechos, siendo el primero, el derecho a la vida (60), inviolable, aun en las situaciones extremas de fragilidad, debilidad y, sobre todo, cuando necesita apoyo. La Encíclica sostiene que en este derecho se fundamenta toda convivencia humana y la misma comunidad política (2).

5. ¿COMO LA SOCIEDAD HA LLEGADO A ESTOS EXTREMOS?

Obviamente las causas son muy complejas, pero confluyen todas a crear una crisis cultural por la que la humanidad está pasando, la que podría definirse como "cultura de la muerte", cuyas raíces "están en el materialismo práctico en el que proliferan el individualismo, el utilitarismo y el hedonismo". Los valores del ser son sustituidos por los del tener. El único fin que cuenta es el bienestar material. La búsqueda "calidad de vida" se traduce "en eficiencia económica, consumismo desordenado, belleza y goce de la vida física", olvidando las dimensiones profundas de la existencia: espirituales y religiosas (23). El dolor, sufrimiento o sacrificio en el propio ser o padecido por los demás, no se justifica, es inútil, incomprensible, amenazador.

El individualismo, por su parte, exalta la autonomía absoluta de la libertad de cada uno, como único criterio de opción. La vida está regida prioritariamente por los intereses individuales sin vincularse sustancialmente con el bien común. La pertenencia a la sociedad se condiciona a los propios intereses. En este relativismo absoluto en el que se ha sumido el hombre, todo es negociable, todo es convencional; también el valor de la vida se dimensiona con este criterio individualista: si causa problemas, si hace sufrir, etc., hay que hacerla a un lado o eliminarla. La sociedad garantiza en sus leyes la completa libertad de cada uno, pero en el fondo es la autorización para que los más fuertes, los sanos, con ricos recursos, originando estructuras de pecado, arrasen con los más débiles: los ancianos, los minusválidos, los enfermos y los niños. No hay espacio en la sociedad para los que no producen, para los menos eficientes.

La Conferencia de El Cairo del año pasado y la de Beijing, sobre la mujer, este año, han puesto justamente de relieve el grave problema social que ha traído a nuestra sociedad esta moral individualista y relativista que corresponde a lo que el Papa señala como el "eclipse de Dios", que hace perder al hombre el sentido de sí mismo y el sentido del otro. Con el encomiable propósito del desarrollo sustentable, en vez de estudiar adecuadas políticas económicas, sociales, familiares y educacionales, se proponen y acentúan estrategias antinatalistas, antifamilia, etc. No es un secreto que los países ricos han condicionado ayudas económicas hacia los países pobres a la aceptación de dichas estrategias. El Papa denuncia los ingentes recursos

que se han empleado ya, en políticas anticoncepcionistas y abortistas en varias partes del mundo.

El poder sobre la vida que han logrado las tecnologías médicas es reclamado como un derecho por las ideologías individualistas, pero lógicamente este presunto derecho está unido íntimamente a un proyecto social. Ya en la mitad del siglo, Pío XI y Pío XII condenaban con firmeza al poder político convertido en dueño absoluto de la vida y de la muerte de los ciudadanos de Estados totalitarios. Cuando se niega la dignidad inviolable de la vida de cada persona, la sociedad queda herida en sus fundamentos de justicia y solidaridad, sucumbe como democracia y se afirma como totalitarismo que, sin duda, legitima cualquier opresión de los poderosos sobre los débiles.

Si es grave el deterioro de la conciencia moral individual, lo es mayormente, por sus consecuencias, la pérdida de la conciencia que la sociedad va sufriendo con la promulgación de leyes antivida o por la creación de condiciones de total permisividad que conforman estructuras sociales de pecado e invierten los valores, considerando al "mal" un "bien" y al "delito" un "derecho": desde la llamada conquista del "sexo seguro", incluso para los adolescentes escolares, a quienes se educa proporcionándoles anticonceptivos, hasta la despenalización y legalización del aborto; desde la llamada fecundación asistida hasta las experiencias y comercialización de los embriones humanos, etc.

Son las bases mismas de la sociedad humana que están siendo amenazadas a través de la desorganización de la familia y por la desvalorización absoluta de la dignidad de la persona en cualquier momento del arco vital, desde el primer instante de su concepción hasta su término natural.

6. "NO MATARAS"

Dedica el Papa todo el Capítulo III de la Encíclica a una explicación del Quinto Mandamiento de la Ley de Dios, "No matarás", en el contexto de nuestro tiempo.

"No fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes; El todo lo creó para que subsistiera... Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas, por envidia del diablo, entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen". (Sab 1. 13 s y 2. 23 s).

El Evangelio de la Vida, proclamado desde el principio, en la creación del hombre, como imagen de Dios, para un destino de vida plena y perfecta, se ve muy pronto resistido por la experiencia lacerante de la muerte que penetra en el mundo con el pecado de Caín y oscurece el sentido de toda la existencia humana. Pero el pecado de Caín no queda impune, Dios mismo le pide cuentas: ¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho? ¡La sangre de tu hermano clama a Mí desde el suelo! Y desde entonces la voz de la sangre derramada por los hombres no cesa de clamar, de generación en generación... (7).

"La humanidad ofrece hoy un espectáculo verdaderamente alarmante, afirma el Papa, por la extensión universal de los atentados a la vida, en todos los niveles de la sociedad, por su cantidad y por el apoyo múltiple y poderoso de la opinión pública y de las leyes, incluyendo los servicios de la salud". (17).

A los jóvenes en Denver, en la VIII Jornada Mundial de la Juventud, denuncia con firmeza: "Con el tiempo las amenazas contra la vida no disminuyen. Al contrario, adquieren dimensiones enormes. No se trata sólo de las fuerzas de la naturaleza, ni de los Caínes que asesinan a los Abeles. ¡No! Se trata de amenazas programadas de manera científica y sistemática. El siglo XX será considerado como una época de ataques masivos contra la vida, a través de interminables guerras y de la destrucción permanente de vidas humanas inocentes. Los falsos profetas y los falsos maestros han logrado el mayor éxito posible" (17). Es una conjuración contra la vida, amparada en falsas premisas de solidaridad, de piedad, de planificación demográfica, de desarrollo sustentable, en la que están comprometidas instituciones internacionales que alientan y programan campañas de difusión de la anticoncepción, de la esterilización y del aborto. El Papa acusa, además, a los medios de comunicación social que "son con frecuencia cómplices de esta conjuración, creando en la opinión pública una cultura que presenta la anticoncepción, la esterilización, el aborto y la misma eutanasia como signos de progreso y conquistas de libertad, mientras muestran como enemigos de la libertad y del progreso las posiciones incondicionales a favor de la vida" (17).

¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho?, sigue preguntando Dios. ¡La sangre de tu hermano clama a Mí desde el suelo! ¿Y cuál fue la respuesta de Caín? "Soy acaso yo el guardián de mi hermano?" (Gn 4, 9). En la expresión de

Caín se esconde "una idea perversa de libertad", afirma el Papa (18). Los mandamientos son el camino para realizar el amor: efectivamente, Jesús dice al joven: "Sin quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos" (Mt 19, 17), todos se reducen a dos preceptos: el primero, "Amar a Dios sobre todas las cosas", y el segundo, semejante al primero, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mt 22, 25). Vida eterna significa participación en la misma vida de Dios. A ella se llega por la fidelidad a los mandamientos, que incluyen por primero "No matarás". Todo mandamiento de Dios está íntimamente unido a su amor.

Todo precepto moral negativo tiene un valor absoluto, obliga siempre, sin excepción. Señala a la libertad del hombre lo que es incompatible con el amor a Dios y con la dignidad de la persona, imagen de Dios; señala, por tanto, todo lo que contradice la decisión fundamental de orientar la propia vida a Dios. San Agustín, citado por el Papa, explica cómo este mandamiento es el límite, bajo el cual el hombre deja de ser libre: "La primera libertad es no tener delitos... como homicidios, adulterio, alguna inmundicia de fornicación, hurto, fraude, sacrilegio, y otros parecidos. Cuando el hombre empieza a no tener tales delitos comienza a levantar la cabeza hacia la libertad, aunque inicial, todavía no perfecta" (75). "No matarás" es un punto de partida, entonces, de verdadera libertad; conduce a promover y a servir la vida, a responsabilizarse de las personas que se nos han confiado y, con ello, a agradecer a Dios por el don de la vida.

El Creador ha entregado al cuidado responsable de cada hombre la propia vida, para que la administre fielmente con sabiduría y no para que disponga de ella de modo arbitrario. Igualmente, ha confiado la vida de cada hombre a otro hombre, hermano suyo, según la "ley de la reciprocidad" del dar y del recibir, del don de sí mismo y de la acogida del otro. Cristo, en la plenitud de los tiempos, ha dado nuevo contenido y significado a esta ley de la reciprocidad, originando por su Espíritu una nueva fraternidad y solidaridad entre los hombres, como un reflejo del misterio de comunión, de recíproca entrega y de acogida, propio de la Santísima Trinidad, revelado de modo sublime desde la Cruz, donde entrega su vida por el hombre, coherente con su precepto: "Nadie ama más que el que da la vida por el amigo" (Jn 15, 13). "El dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (1 Jn. 3, 16).

7. "¡LA SANGRE DE SU HERMANO CLAMA A MI DESDE EL SUELO!"

El mandamiento "No matarás" es un imperativo, nos enseña el Papa. Respetar, amar y promover la vida de cada hermano, la vida humana, obliga a todo hombre. Es un postulado de la conciencia moral permanente, de la alianza original de Dios Creador con el hombre. Es la ley natural que puede ser conocida a la luz de la razón y cumplida por la acción del Espíritu, que "compromete a cada hombre que vive en este mundo" (77). Servir, promover, defender la vida, especialmente cuando es más débil o está amenazada, es una exigencia personal y social. En ese respeto incondicional de la vida humana se funda una sociedad renovada (77).

La vida humana es sagrada, porque comporta la acción creadora de Dios y permanece siempre en especial relación con El. Por eso sus palabras a Caín, "la sangre de tu hermano clama a Mí desde el suelo", se van reiterando a través de la historia. El Señor en la Alianza que pacta con Noé le dice: "Pediré cuentas de la vida del hombre al hombre" (Gn 9, 5). Posteriormente a Moisés y a todo el pueblo le confirma el precepto, ¡No matarás! El hombre debe responder responsablemente de lo que le fue confiado en administración, enseña Jesús en su predicación de la Buena Noticia: "Porque tuve hambre y me disteis de comer..." (Mt 25, 55 y ss) y hará el elogio del samaritano misericordioso (Lc 10, 30).

8. "CONFIRMA A TUS HERMANOS" (LC 22, 32)

El documento precisa en forma solemne el contenido del "no matarás" con tres declaraciones que, aunque no son novedades, son una confirmación de lo que dice la Sagrada Escritura, la tradición de la Iglesia y el mismo Magisterio, y son una explicación de la ley inscrita en el corazón de todo hombre (Rom 2, 15). Son verdades de fe, a la vez que resultado de la razón. "La ética de la fe y la ética de la razón aquí coinciden; la fe sólo despierta a la razón que duerme", comentó el Cardenal Ratzinger en la presentación del documento: "No son, sin embargo, nuevas definiciones dogmáticas, pero sí doctrina de fe católica, irreformable y su aceptación condiciona la comunión en la Iglesia Católica" (Mons. Medina, comentario).

La primera declaración es la fundamental y dice así: "Con la autoridad conferida por Cristo

a Pedro y a sus sucesores, en comunión con los obispos de la Iglesia Católica, confirmo que la eliminación directa y voluntaria de un ser humano inocente es siempre gravemente inmoral" (57). Es, pues, inmoral matar directa y voluntariamente. Es decir, consciente, libremente y en forma directa.

9. LA LEGÍTIMA DEFENSA Y LA PENA DE MUERTE

El que mata a un ser humano inocente es culpable, siempre, sin excepciones. Dedicó el Papa un momento a dos aparentes excepciones: la legítima defensa y la pena de muerte.

La legítima defensa, aun cuando cause la muerte del agresor, no es una excepción. Se trata de una defensa contra un agresor injusto, es un acto esencialmente diverso. El agresor injusto no es inocente. Ha violado y despreciado la intangibilidad sagrada del ser humano: el mandamiento debe ser defendido contra él. (Ratzinger, *ib.*).

Igualmente, la pena de muerte ha encontrado su justificación a partir de este concepto fundamental sobre la defensa de la dignidad del ser humano y de los derechos del hombre contra quien los viola. (Ratzinger *ib.*).

En orden a la pena de muerte, esta Encíclica presenta dos indicaciones que aumentan las fuerzas de la orientación expresada ya en el Catecismo de la Iglesia Católica (2266). El Papa no excluye la pena de muerte como sanción destinada a preservar el orden público y la seguridad de la persona, pero afirma que, en la sociedad como en la Iglesia, "existe una tendencia progresiva a pedir su aplicación muy limitada e, incluso, su total abolición" (56). Y después señala que, dado los medios con que cuenta la sociedad en el día de hoy, para defenderse, aislar a los culpables y hasta para rehabilitarlos, los casos extremos "son ya muy raros, por no decir prácticamente inexistentes" (56).

10. EL ABORTO

La segunda declaración, que es una aplicación de la primera, se refiere el aborto, crimen nefando (GS 51), ignominioso y particularmente grave. A pesar de todo, su gravedad ha ido debilitándose y desapareciendo de la conciencia de muchos. Nuevas mentalidades, costumbres y legislaciones han confundido todo, hasta no poder discernir el mal intrínseco contenido en

la violación del derecho fundamental a la vida.

El mundo moderno ha inventado un vocabulario nuevo y ambiguo: habla de "interrupción del embarazo", oculta la naturaleza del crimen e ignorando las evidencias de la ciencia genética explica que el ser empieza a ser persona cuando el embrión ya se ha definido totalmente humano. La verdad es que la ciencia misma ha comprobado que desde el primer instante de la fecundación el ser humano personal ya está programado perfectamente en todas sus características.

Pero ninguna palabra puede cambiar la realidad de las cosas, señala el Papa, definiendo y precisando: "El aborto procurado es la eliminación deliberada y directa, como quiera que se realice, de un ser humano en la fase inicial de su existencia, que va desde la concepción hasta el nacimiento" (58). Su gravedad moral se reconoce en que es un homicidio, infligido a una criatura inocente en absoluto, débil, confiada totalmente a la protección de su madre. La gravedad resulta más trágica aun cuando es la misma madre la que pide la eliminación del hijo que se está gestando en sus entrañas.

Las situaciones en las que se cumple esta tragedia son ciertamente muy complejas y participan muchas personas y presiones sociales, etc. No obstante estas y otras razones, aun siendo graves y dramáticas, jamás pueden justificar la eliminación deliberada de un ser humano inocente (58). Más allá de las responsabilidades de las personas, el Papa señala la gravedad del impacto social provocado por los que debieran ser los defensores y constructores de la sociedad. Recuerda haber escrito en la Carta a las Familias, hace un año, que "es una enorme amenaza a la vida individual y, más aún, a toda la civilización".

Además de los argumentos de la Escritura sobre la santidad de la vida, el Papa muestra cómo la tradición ha sido coherente, clara y unánime desde los orígenes hasta nuestros días. Cuando el cristianismo entró en contacto con la cultura grecorromana, donde estaba muy difundida la práctica del aborto y del infanticidio, la Iglesia se opuso radicalmente con la doctrina y con la praxis. La *Didaché*, documento catequístico del siglo I, enseñaba: "No matarás al hijo en el seno de su madre, ni quitarás la vida al recién nacido". Tertuliano, en el siglo II, habla de "homicidio anticipado" para calificar el aborto. Padres, teólogos y pastores, durante dos milenios, particularmente los pontífices de este siglo y el Vaticano II (GS 51), siempre han decla-

rado la misma doctrina moral sobre la condena del nefando crimen del aborto. Igualmente, la legislación eclesiástica ha castigado severamente este delito en todos los tiempos. El Código de Derecho Canónico estableció la pena de excomunión *latae sententiae*, es decir, automática, para todos los que incurriesen en este pecado conociendo la pena: cometen el pecado no sólo la madre y los directos ejecutores, sino todo los cómplices sin cuya cooperación el delito no se hubiera cometido. (C.I.C. can. 2350, 1329, 1398).

La excomunión en la intención de la Iglesia es, no obstante, una medida medicinal; es decir, un camino de conversión y de penitencia o de reparación del daño social.

Ante semejante unanimidad en la tradición bimilenaria de la Iglesia, el Papa hace la declaración solemne: "Con la autoridad que Cristo confirió a Pedro y a sus sucesores, en comunión con todos los obispos dispersos por el mundo, los que han concordado unánimemente sobre esta doctrina, declaro que el aborto directo, es decir, querido como fin o como medio, es siempre un desorden moral grave, en cuanto eliminación deliberada de un ser humano inocente. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita; es transmitida por la tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal (62).

Y concluye: "Ninguna circunstancia, ninguna finalidad, ninguna ley del mundo podrá jamás hacer lícito un acto que es intrínsecamente ilícito, por ser contrario a la Ley de Dios, escrita en el corazón de cada hombre, reconocible por la misma razón y proclamada por la Iglesia (62).

11. LA BIOÉTICA

La Encíclica tiene un gran valor para la ciencia actual, en cuanto ilumina los fundamentos mismos de la bioética. Ilumina la dignidad de la persona humana, también en sus fases frágiles, la relación entre naturaleza y persona, y determina las bases del juicio moral, y la relación entre ley moral y ley civil. (Comentarios de S. Pie N.).

Así, toda la valoración moral señalada para el aborto se aplica a las intervenciones de la biogenética o biomedicina y constituye criterio para la bioética, que regula los estudios y experiencias sobre embriones, fetos, concepción, fecundación, anticoncepción y sobre la planificación familiar.

En particular, la Encíclica aclara que los fines eugenésicos, que prescriben intervenciones en el embrión o un diagnóstico prenatal, hacen condenables estas mismas intervenciones, como asimismo las experiencias con embriones con fines de laboratorio; los cultivos para tratamientos terapéuticos de trasplantes de tejidos son absolutamente inaceptables, pues incluyen la eliminación de criaturas humanas inocentes, o se hacen sin ningún respeto a sus vidas.

Igualmente, son condenables los productos químicos y dispositivos intrauterinos y "vacunas", que actúan como abortivos en las primeras fases del desarrollo de la vida humana (13).

La biomedicina plantea sus hipótesis, distinguiendo, corporeidad, individuo y persona, para justificar la posibilidad de hacer experiencias antes de que el ser sea persona. El Papa responde citando el documento *Donum vitae*, emitido por la Congregación para la Doctrina de la Fe, "Sobre el respeto de la vida naciente y la dignidad de la procreación", publicado el año 1987, donde se comprueba que toda separación entre cuerpo, individuo y persona en el ser humano es arbitraria, un juego entre filosofía y ciencia biológica, sin valor cognoscitivo real. Pero, además, el Papa termina zanjando toda esta argumentación hipotética con la observación indiscutible: "Bastaría la sola probabilidad de encontrarse ante una persona para justificar la más rotunda prohibición de cualquier intervención destinada a eliminar un embrión humano" (60).

12. EL DRAMA DE LA EUTANASIA

En una sociedad materialista, la vida vale cuando se goza plenamente; todo dolor es absurdo y si no se lo puede alejar, vale la pena terminar con la vida: sería una liberación reivindicada.

Consecuentemente la sociedad materialista, individualista, eficientista, desvaloriza al que no tiene esta plenitud, el inhábil, el improductivo: los ancianos, los enfermos, los lisiados. Además, el hombre de esta sociedad, que ha perdido el sentido de Dios, cree ser criterio y norma de sí mismo y piensa tener el derecho de pedir a la sociedad que le garantice la posibilidad y los modos de decidir sobre la propia vida con plena y total autonomía (64). Es la amenaza de la "cultura de la muerte" que avanza sobre la sociedad, especialmente en los niveles más altos. ¡Cuántos suicidios de jóvenes y hasta adolescentes víctimas de esta cultura de la muerte!

Para dar el juicio moral, el Papa, ante todo, define la eutanasia y dice que, en sentido verdadero y propio, se debe entender una acción o una omisión que, por su naturaleza y en la intención, causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor. Se sitúa en el nivel de las intenciones o de los métodos usados (65).

El progreso de la ciencia médica es tal que puede llevar al extremo de prolongar la vida en forma artificial, aun sin esperanza ninguna de recuperación. Es lo que se llama ensañamiento terapéutico, que conduce a la persona al otro extremo, la que, previendo una enfermedad larga, inútil y dolorosa, anticipa la muerte voluntariamente, para evitar el sufrimiento físico o moral que se supone aflige al enfermo sometido al tratamiento médico.

Son dos situaciones negativas, aunque de diversa moralidad. En cambio, la Medicina moderna ha encontrado también recursos para hacer más soportable el sufrimiento en la fase final de una enfermedad, asegurando un acompañamiento humano y adecuado, con recursos, analgésicos y sedantes, cuyo uso es lícito, aunque haya riesgos de producir efectos secundarios que acorten la vida del paciente. La condición habitualmente exigida por la ética es la de mantener consciente al enfermo, para que afronte humana y cristianamente sus últimos momentos y pueda cumplir sus obligaciones morales, religiosas y familiares.

Aclarados los conceptos, el Papa pronuncia su solemne declaración:

“Hechas estas distinciones, de acuerdo con mis predecesores y en comunión con los obispos de la Iglesia Católica, confirmo que la eutanasia es una grave violación de la Ley de Dios, en cuanto eliminación deliberada y moralmente inaceptable de una persona humana”. El Papa agrega que se funda en la ley natural, la Escritura, la tradición de la Iglesia y el Magisterio ordinario y universal.

Esta práctica conlleva la malicia propia del suicidio y del homicidio (65).

Connotación de gravedad especial va unida al suicidio asistido, como asimismo el homicidio perpetrado contra alguien inocente que es sorprendido sin que lo quiera o lo consienta. Se llega al colmo, dice el Papa, del arbitrio y de la injusticia, cuando médicos o legisladores se arrojan el derecho y el poder de decidir sobre quién debe vivir o quién debe morir (66).

La falsa piedad que mueve a estos crímenes es muy diversa de la verdadera piedad, que es camino del amor y que lleva a compartir solidariamente con el hermano en la prueba del sufri-

miento: la fe en Cristo muerto y resucitado ilumina con nuevo sentido esta condición de dolor incurable. “La certeza de la inmortalidad futura y la esperanza en la resurrección prometida proyectan una nueva luz sobre el misterio del sufrimiento y de la muerte, e infunden en el creyente una fuerza extraordinaria para abandonarse al plan de Dios” (67). San Pablo escribía a los Colosenses: “Me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta en las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia” (Col 1, 24). O en la ya citada Carta a los Romanos: “Ninguno de vosotros vive para sí mismo, como tampoco muere para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos, ya muramos, del Señor somos”. (Rom 14, 7-8).

13. CONSECUENCIAS ETICAS EN EL CAMPO POLITICO: “HAY QUE OBEDECER A DIOS ANTES QUE A LOS HOMBRES” (HECH 5, 29)

Las consecuencias para el estado de derecho y para la legislación civil son importantes, dado que el principio que prevalece en las democracias es que “el ordenamiento jurídico de una sociedad debería limitarse a percibir y a asumir las convicciones de la mayoría” (69). Dado que la verdad no puede ser compartida por todos, es preciso quedarse con un relativismo práctico de libertad y tolerancia que hace al Estado proponer la tendencia de mayoría como criterio moral. El principio de las mayorías en la democracia sin un criterio moral vinculante para todos, conduce lógicamente a situaciones tiránicas y, en el mejor de los casos, peligrosas. La aprobación de una ley antinatalista, por ejemplo, es una de estas situaciones. El Papa explica que los valores fundamentales de la democracia, las condiciones esenciales de un Estado de Derecho, para ser institución moral, son: la dignidad de la persona humana, el respeto de sus derechos inviolables e inalienables, y considerar el “bien común”, como fin y criterio regulador (70).

Las leyes que contradicen estos valores morales fundamentales son normas seudojurídicas, no tienen carácter de derecho; no obligan, por tanto; más aún, imponen la obligación de la objeción de conciencia (73), y de trabajar para que nuevas leyes reemplacen las leyes injustas o las hagan menos dañinas.

14. POR UNA NUEVA CULTURA DE LA VIDA HUMANA

En la última parte del documento, el Papa, con solicitud pastoral, busca la realización, la construcción de una nueva "cultura de la vida humana". Llama a las personas y comunidades a constituirse en el "pueblo de la vida" y los envía como pueblo, con una responsabilidad eclesial, a anunciar el Evangelio de la Vida, a celebrarlo en la liturgia y en toda la existencia; a servirlo con diversas iniciativas y estructuras de apoyo y promoción. El "Evangelio de la Vida" es parte integrante del Evangelio que es Jesucristo. Hemos sido salvados y transformados por ese mismo Evangelio y ahora estamos comprometidos a anunciarlo. Es nuestra misión como Iglesia, como pueblo de Dios y como personas. Sintiendo cada uno prójimo de cada hombre, debe asumir la responsabilidad sobre él. Las personas y las comunidades deben tomar el Evangelio de la Vida como misión propia, ser activos protagonistas de los cambios, en el orden social y político; restablecer el orden justo en la afirmación y promoción del valor de la vida. La política familiar, en particular, debe ser el eje y motor de todas las políticas sociales. El Papa invita a promover iniciativas sociales y legislativas para garantizar las condiciones de libertad para la familia, crearle condiciones de trabajo, de vivienda, etc., adecuadas que permitan efectivamente a la familia ser el "santuario de la vida".

El Papa, profundo conocedor de la situación histórica por la que pasa el mundo, con esta Encíclica impulsa, como otrora lo hiciera la *Rerum Novarum*, una nueva época: la del tercer milenio.

Es urgente, dice, una movilización general de las conciencias y un común esfuerzo ético para poner en práctica una estrategia en favor de la vida. Todos juntos debemos construir una nueva cultura de la vida: nueva para que sea capaz de resolver los problemas propios de hoy sobre la vida del hombre; nueva, para que sea asumida con una convicción más firme y activa por todos los cristianos; nueva, para que pueda suscitar un encuentro cultural, serio y valiente, de todos (95).

La renovación empieza por las comunidades cristianas, y el primer paso consiste en la formación de la conciencia moral sobre el valor incommensurable de la vida humana. Esta formación es responsabilidad de la educación y de la familia, y el objetivo es llegar al cambio cultural deseado, es decir, el advenimiento de

un nuevo estilo de vida que se manifestaría en las decisiones concretas –a nivel personal, familiar, social, internacional– fundadas en la justa escala de valores: "La primacía del ser sobre el tener", "de la persona sobre las cosas" y "pasar de la indiferencia al interés por el otro y del rechazo a su acogida"; la convicción, en suma, de que el otro no es enemigo, sino un hermano a quien amar.

En esta movilización por una nueva cultura de la vida nadie debe sentirse excluido; todos tienen un papel importante que desempeñar (98).

Junto a la familia y a los educadores, los intelectuales pueden hacer mucho en la construcción de la nueva cultura de la vida humana. De modo particular los intelectuales católicos que, inspirados en el Evangelio, están llamados a permanecer activamente presentes en los círculos donde se construye la cultura: en el mundo, en la escuela, en la universidad, etc. Grande y grave responsabilidad les cabe a los medios de comunicación... y también especial y singular debe ser el protagonismo de la mujer. El Evangelio de la Vida es para todos, es para la ciudad de los hombres, para renovar la sociedad. El Evangelio, en efecto, pretende "transformar desde dentro, renovar la misma humanidad": es como la levadura en la masa (Mt 13, 33) y, como tal, está destinado a impregnar todas las culturas y a animarlas desde dentro, para expresar la verdad plena sobre el hombre y sobre la vida (95).

15. INTERVENCION DE MARIA SANTISIMA

Como en todos los documentos, termina también éste con unas páginas dedicadas a la Virgen María, la Madre de Jesús, subrayando en el misterio de María la lucha contra la cultura de la muerte, y, como en este aspecto, también ella es tipo y modelo del nuevo pueblo de Dios, la Iglesia. María es la palabra viva de consuelo para la Iglesia en su lucha contra la muerte. Mostrándonos al Hijo, nos asegura que las fuerzas de la muerte ya han sido derrotadas en Él. Por eso, concluye el Papa, mientras, como pueblo peregrino, pueblo de la vida y para la vida, caminamos confiados hacia "un cielo nuevo y una tierra nueva" (Ap 21, 1), dirigimos la mirada a Aquella que es para nosotros "señal de esperanza cierta y de consuelo".

16. "OS ESCRIBIMOS ESTO PARA QUE NUESTRO GOZO SEA COMPLETO". (JN I, 4)

El liderazgo universal del Papa, una vez más, debe ser reconocido a través de este mensaje. Es el Maestro y Vicario de Cristo y, como tal, se dirige no sólo a la Iglesia, a los cristianos, sino a toda la humanidad. Es un dique firme para detener el mal que, como torrente impetuoso, se ha abatido sobre el mundo. Es la voz de auxilio de los que no pueden gritar. Es la voz de los que no pueden defenderse. Es la voz que da cuerpo a la Palabra de Dios para hoy, para animar la vida. Es la voz de la misericordia divina que llama al hombre a levantarse de su postración moral.

"Ante este texto, señala el Cardenal Ratzinger, no podemos evadirnos con discusiones teóricas sobre qué, cuándo, dónde o con qué autoridad se nos enseña esto. Este texto habla con la grandeza de su contenido, con su profundidad y elevación humanas. Afronta los problemas que nos afectan a todos y ante los cuales nadie se puede esconder..., afecta nuestra salvación en el tiempo y en la eternidad". (Ratzinger, presentación del documento).

Agradezco, una vez más, a ustedes por su presencia, por su atención ante esta palabra de vida que he querido transmitirles, y formulo fervientes votos para que sea un aporte positivo en la reflexión de todos ustedes. ¡Gracias!

Comentario de un investigador, Dr. Juan Roblero S.*

Pocas Encíclicas han tenido tanta difusión y han suscitado tantos comentarios como *Evangelium Vitae*, de Juan Pablo II. Es que el tema "sobre el valor de la vida y el carácter inviolable de la vida humana", querámoslo o no, llega a la conciencia de creyentes y no creyentes.

En general, las encíclicas papales están dirigidas al episcopado y al clero; en cambio, Juan Pablo II envía su carta circular sobre el Evangelio de la Vida también a los fieles laicos, es decir, al pueblo creyente, y a todas las personas de buena voluntad.

Con anterioridad, en agosto de 1993, el Papa había entregado su Encíclica *Veritatis Splendor*, el Esplendor de la Verdad, como preparándonos para su *Evangelium Vitae*. Es interesante destacar la pedagogía que ha empleado el Papa. Primero, a través de *Veritatis Splendor*, nos orienta sobre los principios morales básicos en que descansa el Magisterio de la Iglesia, haciendo ver que la moral se rige según principios objetivos, ordenados por Dios desde la creación del hombre. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, dándole inteligencia para conocer el bien y voluntad para elegir ese bien y amarlo.

El don de libertad para discernir no siempre es comprendido y valorado por el hombre en su

maravillosa grandeza. La libertad, tan ligada a la responsabilidad, incomoda a muchos que preferirían el mandato perentorio de la Iglesia, que hacerse cargo de la propia opción de conciencia. Otros, definitivamente, pasan de largo frente a su propia libertad, orientando su vida según caminos marcados por otros. Sólo en este contexto se entiende por qué la libertad humana debe ajustarse a la voluntad del Creador, ya que esa voluntad es la que conduce por el camino de la plenitud del hombre. Lamentablemente, como señala Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*, hoy este camino está oscurecido y en la conciencia del siglo XX el mal, inéditamente, se presenta como un derecho. El egoísmo y el afán de poder atacan la vida ajena y, en un intento por dar la espalda a la realidad del dolor, también rechazan la cruz, signo del cristiano. Dice el Papa, en *Veritatis Splendor*: "Hoy se hace necesario reflexionar sobre el conjunto de la enseñanza moral de la Iglesia, con el fin preciso de recordar algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas". Sin embargo, la Iglesia, a mi entender, no trata de imponer al hombre de hoy una estructura rígida de conducta, que destruya su identidad, sino que le advierte de cuáles son los errores de la humanidad. Estos errores hacen que vivamos una gran contradicción. El hombre, haciendo mal uso de su libertad, está empeñado en destruir la vida.

* Profesor Titular y Jefe del Departamento de Ciencias Fisiológicas de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

“Nos encontramos en medio de una lucha dramática entre la cultura de la muerte y la cultura de la vida”, es la sentencia que el Papa repite a lo largo de su carta circular.

Juan Pablo II va desarrollando su Evangelio de la Vida a través de cuatro capítulos, una Introducción y una Conclusión, escritos en un lenguaje directo, descarnado, sin eufemismos, como es su costumbre. En la Conclusión, en forma bella, pero patética, el Papa nos recuerda un pasaje del Apocalipsis: “El dragón se detuvo delante de la mujer para devorar a su hijo en cuanto lo diera a luz”. Esta ha sido la gran preocupación de Juan Pablo II, durante todo su pontificado, y es el motivo central de esta Encíclica: el hombre que quiere adueñarse de la vida, manipularla y disponer de ella hasta dominarla, incluso desde su inicio en el útero de su madre.

En la Introducción, Juan Pablo II comienza diciendo que el Evangelio de la Vida está en el centro del mensaje de Jesús, la preocupación por la vida y la dignidad de la vida humana están en la esencia del Magisterio de la Iglesia. Ha sido el tema central de las encíclicas pontificias de los últimos tiempos. Es la misión que Jesús entrega a Pedro al fundar su Iglesia: “Apacienta, cuida mis ovejas”, le repite tres veces, como intuyendo que este mensaje tendría que ser recordado a lo largo de los tiempos. Mensaje que siempre estará vigente.

El mismo Jesús, al iniciar su Magisterio, dice en el templo: “El espíritu del Señor está en mí. El me ha ungido para traer las buenas nuevas a los pobres, para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año del Señor”.

Esta preocupación de la Iglesia por la dignidad de la vida humana no es, entonces, nada nuevo y ha sido el tema de numerosas encíclicas pontificias en los últimos tiempos. En 1891, León XIII entrega al mundo su Encíclica *Rerum Novarum*, en favor de la dignidad de la clase obrera, bajo un régimen laboral injusto. Sobre el mismo tema, Pío XI escribe su Encíclica *Quadragesimo Anno*, y en 1991 Juan Pablo II la Encíclica *Centesimo Anno*.

Sobre el tema de la vida, se han escrito varias encíclicas; baste recordar *Humanae Vitae*, de S.S. Pablo VI; *Casti Connubii*, de Pío XI, entre otras.

Volviendo a *Evangelium Vitae*, en el Capítulo I, titulado “La sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo”, Juan Pablo II denuncia las actuales amenazas a la vida humana, valiéndose del relato bíblico en que Caín, al igual que

Adán, se aparta del mandato divino y, haciendo uso de la misma libertad que Dios le entregó, se decide por el mal, dando muerte a su hermano. Es el destino del hombre que se hace presente desde el comienzo de su historia, como consecuencia del pecado. El hombre se lanza contra el hombre, impulsado por la envidia, el odio, la avaricia o, simplemente, el deseo insaciable de poder. Dice el Papa, en el N° 8 de la Encíclica: “El hermano mata a su hermano como el primer fratricida; en cada homicidio se viola el parentesco ‘espiritual’ que agrupa a los hombres en un única gran familia, donde todos participan del mismo bien fundamental: la idéntica dignidad personal. Además –continúa el Papa–, no pocas veces se viola también el parentesco de ‘carne y sangre’, por ejemplo, cuando las amenazas a la vida se producen en la relación entre padres e hijos, como sucede con el aborto o cuando, en un contexto familiar o de parentesco más amplio, se favorece o se procura la eutanasia”.

El mandato de Jesús “Ama a tu prójimo como a ti mismo” y “No hagas con los demás lo que no quieres que los demás hagan contigo” es continuamente desoído. Mi prójimo, en el mundo de hoy, debiera ser la humanidad entera. La enseñanza de Jesús debiera entenderse como mi compromiso de entrega y servicio a los demás. Esto implica entender que mi libertad, si no va acompañada de amor a mi prójimo, cualquiera que sea su condición, no tiene sentido. Para San Ignacio la salvación y perfección de mi alma y la salvación y perfección de los demás no son dos fines distintos, sino uno solo y único. Esto quiere decir que no puedo conseguir mi propia salvación y perfección si no me dedico con toda mi alma a la salvación y perfección de los demás. Jesús dijo: “Todo lo que hagáis al menor de los hombres me lo hacéis a mí”.

El hombre de hoy, con el avance de la humanidad en todos sus campos, teniendo todas las posibilidades para proteger la vida, se decide por destruirla. ¿Dónde están las raíces de esta contradicción tan sorprendente? Es el mismo Papa quien se encarga de responder esta interrogante, en el N° 19 de *Evangelium Vitae*: “El origen de la contradicción entre la solemne afirmación de los derechos humanos y su trágica negación está en un concepto de libertad que exalta de un modo absoluto al individualismo, y no lo dispone a la solidaridad, a la plena acogida y al servicio del otro”. El hombre corriente no se siente, en general, aludido por esta afirmación; la palabra individualismo es claramente asociada con algo negativo, mientras que la so-

lidad ha sido continuamente enfatizada, pero, por lo mismo, desgastada. El hombre se siente solidario y no individualista y responde ante todas las campañas a que lo convocan, llegando a establecerse lo que se llama una "ética indolora", o sea, el hombre se implica en todo sin comprometerse realmente en nada. Así, la cara cínica del individualismo real es el afán de eficiencia y de la falta de solidaridad, lo que conduce a un sentimentalismo inoperante. Juan Pablo II advierte de los peligros de la sociedad, de la eficiencia que reemplaza la importancia de "ser" por la ha "hacer", y que rechaza al débil y al necesitado por ineficientes.

Pareciera así que, al igual que Caín, el hombre de hoy se niega a ser el guarda se su hermano. Hoy, gracias a los medios de comunicaciones, o por desgracia, somos testigos de tantas barbaries entre los hombres. Guerras increíbles que siembran la muerte de miles de inocentes, actos terroristas que llevan el pánico a sociedades enteras, por una causa que nadie comprende; la miseria y el hambre que azota a vastas regiones del planeta en medio de una opulencia egoísta; sociedades que legalizan el aborto y la eutanasia, como si el hombre pudiera disponer impunemente de la vida.

Ante esta cruda realidad, el Papa pregunta, en el N° 10 de *Evangelium Vitae*, como un clamor que debe llegar, necesariamente, a toda conciencia recta: "¿Cómo no pensar en la violencia contra la vida de millones de seres humanos, especialmente niños, forzados a la miseria, a la desnutrición y al hambre, a causa de una inicua distribución de las riquezas entre los pueblos y las clases sociales? ¿Cómo no pensar en la violencia derivada, incluso antes de las guerras, de un comercio escandaloso de armas, que favorece la espiral de tantos conflictos armados que ensangrientan al mundo? ¿O en la siembra de la muerte que se realiza con el temerario desajuste de los equilibrios ecológicos, con la criminal difusión de la droga, o con el fomento de modelos de prácticas de la sexualidad que, además de ser moralmente inaceptables, son también portadores de graves riesgos para la vida? Es imposible enumerar completamente la vasta gama de amenazas contra la vida humana. ¿Son tantas sus formas, manifiestas o encubiertas, en nuestro tiempo?"

La alarmante consecuencia que conlleva este sombrío panorama es que la sociedad se va transformando en testigo indiferente frente a estas amenazas a la vida humana y a su dignidad, terminando por aceptarlas como una realidad in-

evitable, y lo que es peor, la puede llevar a tolerar o favorecer comportamientos contrarios a la vida, permitiendo así que se entronice, en la mente de los hombres, lo que el Papa llama una "cultura de la muerte".

Por esto, hay que interpretar *Evangelium Vitae* como un llamado de la Iglesia a reaccionar, optando por una "cultura de vida". Porque, como dice Juan Pablo II, "la vida siempre es buena, porque fue creada por Dios y, por lo tanto, vale la pena vivirla".

El llamado del Papa es una Buena Nueva y al hombre que vive con el temor a esta oscuridad le dice: "No tengas miedo".

Como cristiano, creo que la mejor arma para combatir esta "cultura de la muerte" es la luz que nos da el Evangelio. Esta luz que es verdad nos hará libres para optar por la vida.

Pero, al mismo tiempo, el Papa dice en su Encíclica que se daría una imagen unilateral, que podría inducir a un estéril desánimo, si, junto con la denuncia de las amenazas contra la vida, no se enfatizan los numerosos actos positivos en favor de la vida y de la dignidad de la persona humana. Son muchas las iniciativas que, en forma individual u organizada, procuran ayudar y apoyar a los más débiles, a los incapacitados, a los desposeídos. A nivel mundial surgen movimientos que luchan por la paz, que protegen el medio ambiente, hoy tan amenazado. Por otra parte, la Medicina, impulsada con gran dedicación por investigadores y profesionales de la salud, persiste en su empeño por mejorar la calidad de vida de las personas. O la acción de gobiernos que, mediante leyes, protegen los derechos fundamentales del hombre y promueven la paz y la moralidad pública.

El llamado que hace el Papa para construir una "cultura de la vida" es una invitación para todas las personas de buena voluntad, creyentes o no creyentes. Pero, como siempre, el hombre será libre de actuar según su propia libertad. Al respecto, señalaba André Frossard, el converso y gran amigo de Juan Pablo II: "Estamos viviendo una época en que se da toda clase de composiciones intelectuales y morales junto a un gran número de amenazas al ser humano. No solamente amenazas atómicas o biológicas, de manipulación genética, sino también de manipulación política que, a la larga, pueden ejercer una influencia nefasta en el ser humano. Por consiguiente, o bien en el tercer milenio se dará un reencuentro con la mística que puede salvar a la persona, o ésta desaparecerá como tal."

Para terminar, quiero compartir con ustedes una reflexión que hace el Papa, el en N° 84 de su Encíclica: "Esta vida mortal, a pesar de sus tribulaciones, de sus oscuros misterios, sus su-

frimientos, su fatal caducidad, es un hecho bellísimo, un prodigio siempre original y conmovedor, un acontecimiento digno de ser cantado con júbilo y gloria".

Comentario de un Gineco-obstetra, Dr. Enrique Oyarzún E.*

Se me ha pedido que comente, en este acto, en representación de la Facultad de Medicina, la penúltima Encíclica del Santo Padre. Debo decir que me sentí primero atemorizado, porque debo comentar un texto inspirado obviamente por el Espíritu Santo, en la persona de un hombre santo... Me he sentido también muy honrado por tal designación, más que con cualquiera de las invitaciones que en el pasado he recibido... Me siento, por último, obligado, porque si hay un área de la Medicina a la que la Encíclica está referida, esa es el área de la procreación.

Cercanos al fin del siglo XX, uno de los Pontífices que más Encíclicas ha redactado hace en su Encíclica *Evangelium Vitae* un llamado a los católicos y a los hombres de buena voluntad a defender la vida ante lo que califica como "cultura de la muerte", representada por el aborto—tema de principal atención en el documento—, las técnicas de reproducción artificial, la eutanasia y la experimentación con embriones y fetos humanos. El Papa reafirma en esta Encíclica la doctrina católica, y lo hace confirmando el valor de las Sagradas Escrituras, de la tradición milenaria de la Iglesia y del magisterio en materia moral. Consistente con ello, son abundantes las citas bíblicas, así como las del magisterio.

Dada la extensión, así como la profundidad y riqueza del contenido de esta Encíclica, es que el presente comentario sólo pretende constituirse en una aproximación a algunos aspectos de ella que tienen especial relación con nuestro quehacer. Asimismo, esperamos que éste y los demás comentarios sean el estímulo a una reflexiva y cuidadosa lectura de un documento trascendental.

Basta una primera lectura del documento analizado para apreciar el papel central que a los médicos, científicos y profesionales de la

salud cabe hoy y en el futuro. No sólo eso; la Encíclica representa un reconocimiento primero al quehacer de esos individuos, un acto de confianza de la Iglesia en ellos, la asignación de una gran responsabilidad, una solemnidad especial en el acto a través del cual se nos asigna esa responsabilidad, y representa, por último, un llamado a realizar tareas urgentes que esperan por nosotros.

Es posible que el mejor modo de ilustrar los argumentos previos sea compartiendo con ustedes la lectura de un texto del Santo Padre, tomado de la "Carta de las Familias", que, por sus características autobiográficas, se percibe especialmente cercano: "Mi aliento se dirige, además, a un grupo cada vez más numeroso de expertos, médicos y educadores—verdaderos apóstoles laicos—, para quienes promover la dignidad del matrimonio y la familia resulta un cometido importante de su vida. En nombre de la Iglesia, expreso a todos mi gratitud. ¿Qué podrían hacer sin ellos los sacerdotes, los obispos e incluso el mismo sucesor de Pedro? De esto me he ido convenciendo cada vez más desde mis primeros años de sacerdocio, cuando sentado en el confesionario empecé a compartir las preocupaciones, los temores y las esperanzas de tantos esposos".

La Encíclica consta de una Introducción y de cuatro Capítulos, que finalizan con una breve conclusión coronada, a su vez, por una invocación a la Santísima Virgen, modelo incomparable de acogida y cuidado de la vida.

Por otra parte, todo el texto está ordenado a base de puntos numerados (105) y cada una de las unidades temáticas está encabezada por un texto de las Sagradas Escrituras, a la luz del cual se realiza el análisis siguiente. Esta metodología había sido antes empleada por el Santo Padre en otros documentos. Sin embargo, esta parece ser la oportunidad en que dicha metodología es más exhaustiva. Lo anterior resulta en que la lectura total del texto se realiza en el trasfondo permanente de una meditación.

* Profesor Adjunto y Miembro del Departamento de Obstetricia y Ginecología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

La primera parte lleva como título principal "La sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo", que corresponde a las palabras dirigidas por Dios a Caín en el capítulo cuarto del Génesis. El contenido de este capítulo viene expresado en el subtítulo: "Actuales amenazas a la vida humana".

La segunda parte, "He venido para que tengan vida", constituye la parte medular del documento y, probablemente, la más densa.

La tercera parte, "No matarás", examina la moralidad de las acciones descritas en la primera parte y contiene las tres solemnes condenaciones presentes en *Evangelium Vitae* en relación al homicidio, al aborto y a la eutanasia. La primera, en el apartado que se titula con el texto del Génesis: "Pediré cuentas de la vida del hombre al hombre"; la segunda, en el apartado que cita al Salmo 139: "Mi embrión tus ojos lo veían", y la tercera, que cita al Deuteronomio: "Yo doy la muerte y yo doy la vida".

Finalmente, la cuarta parte, "A Mí me lo hicisteis", señala iniciativas concretas a realizar por los cristianos y hombres de buena voluntad para diseminar en el mundo la buena nueva de la vida.

La Introducción de la Encíclica se inicia con la sentencia que nos parece foco orientador del texto: "El Evangelio de la Vida está en el centro del mensaje de Jesús", y también desde la introducción se ejemplifica tal verdad con una nueva sentencia que la relaciona íntimamente con el quehacer médico: "En la aurora de la salvación, el nacimiento de un niño es proclamado como gozosa noticia. Os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor. Cierto es que lo que aquí se recuerda es el nacimiento del Salvador, de Jesús, el Hijo de Dios; pero también es cierto que aquí se manifiesta el sentido profundo de todo nacimiento humano".

A continuación, y aún en la introducción, se pasa directamente a mencionar el hecho de que, respecto de las verdades que se analizarán, ninguna instrucción específica de autoridad alguna debiera ser necesaria, ya que "todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aún entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término..." Al respeto natural por la vida humana se agrega la aceptación, por parte del hombre cristiano, de que "está llamado a una plenitud de vida que va

más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios". No desear la vida humana es no desear, en definitiva, al mismo Dios.

Sin embargo, es evidente la urgencia del anuncio del Evangelio de la Vida, "ante la impresionante multiplicación y agudización de las amenazas a la vida de las personas y de los pueblos, especialmente cuando ésta es débil e indefensa".

Y en la misma introducción el Santo Padre nos recuerda lo que es nuestra obligación y nuestro deber como Hijos de Dios, nuestra tarea renovada con esta Encíclica: "Los creyentes en Cristo deben, de modo particular, defender y promover este derecho (el de la vida)", y de cómo la encarnación del Hijo de Dios revela a la humanidad no sólo el amor infinito de Dios que "tanto amó al mundo, que dio a su Hijo único", sino también el valor incomparable de cada persona humana.

Aun en la introducción, el Papa plantea el problema que enfrentamos hoy y que quizás lo llevó a escribir el documento: "Con las nuevas perspectivas abiertas por el progreso científico surgen nuevas formas de agresión contra la dignidad del ser humano..." y no sólo eso, sino que "opciones, antes consideradas unánimemente como delictivas y rechazadas por el común sentido moral, llegan a ser poco a poco socialmente respetables". Se establece, entonces, un nuevo contexto de cultura, en la cual "amplios sectores... pretenden no sólo la impunidad, sino incluso la autorización por parte del Estado, con el fin de practicarlos con absoluta libertad y, además, con la intervención gratuita de las estructuras sanitarias". "La misma Medicina—continúa más adelante la Encíclica— que, por su vocación, está ordenada a la defensa y cuidado de la vida humana, se presta cada vez más en algunos de sus sectores a realizar estos actos contra la persona, deformando así su rostro, contradiciéndose a sí misma y degradando la dignidad de quienes la ejercen". Las consecuencias de estos nuevos esquemas llevan al oscurecimiento de la conciencia, a la que "le cuesta cada vez más percibir la distinción entre el bien y el mal en lo referente al valor fundamental mismo de la vida humana".

ABORTO

En el Capítulo I, el Santo Padre analiza las actuales amenazas a la vida humana, haciendo énfasis, una vez más, en que "la vida, especial-

mente la humana, pertenece sólo a Dios: por eso quien atenta contra la vida del hombre, de alguna manera, atenta contra Dios mismo”.

“Quien, con su enfermedad, con su minusvalidez o, más simplemente, con su misma presencia pone en discusión el bienestar y el estilo de vida de los más aventajados, tiende a ser visto como un enemigo del que hay que defenderse o a quien eliminar. Se desencadena así una especie de “conjura contra la vida”. Y pasa entonces directamente al tema del aborto: “Para facilitar la difusión del aborto se han invertido y se siguen invirtiendo ingentes sumas destinadas a la obtención de productos farmacéuticos, que hacen posible la muerte del feto en el seno materno, sin necesidad de recurrir a la ayuda del médico. La misma investigación científica sobre este punto parece preocupada casi exclusivamente por obtener productos cada vez más simples y eficaces contra la vida y, al mismo tiempo, capaces de sustraer el aborto a toda forma de control y responsabilidad social.

Se afirma con frecuencia que la anticoncepción, segura y asequible a todos, es el remedio más eficaz contra el aborto. Se acusa, además, a la Iglesia Católica de favorecer de hecho el aborto al continuar obstinadamente enseñando la ilicitud moral de la anticoncepción... Pero los contravalores inherentes a la “mentalidad anticonceptiva” —bien diversa del ejercicio responsable de la paternidad y maternidad, respetando el significado pleno del acto conyugal— son tales, que hacen precisamente más fuerte esta tentación, ante la eventual concepción de una vida no deseada. De hecho, la cultura abortista está particularmente desarrollada justo en los ambientes que rechazan la enseñanza de la Iglesia sobre la anticoncepción. Es cierto que anticoncepción y aborto, desde el punto de vista moral, son males específicamente distintos: la primera contradice la verdad plena del acto sexual como expresión propia del amor conyugal, el segundo destruye la vida de un ser humano...”

La fuerza y dramatismo, propios de este documento, exigidos por las circunstancias históricas, no dejan dudas. Pero no se trata sólo de denunciar y castigar. El Papa muestra también en el documento la infinita misericordia de Dios: “Es cierto que no faltan casos en los que se llega a la anticoncepción y al mismo aborto bajo la presión de múltiples dificultades existenciales, que, sin embargo, nunca pueden eximir del esfuerzo por observar plenamente la Ley de Dios”, pero “en muchísimos otros casos estas prácticas tienen sus raíces en una mentalidad hedonista e irresponsable respecto a la sexualidad y presuponen un concepto egoísta de libertad que ve en la procreación un obstáculo al desarrollo de la propia personalidad”.

Merece destacarse la misericordia del Santo Padre en el siguiente párrafo del texto: “Las opciones contra la vida proceden, a veces, de situaciones difíciles o incluso dramáticas de profundo sufrimiento, soledad, falta total de perspectivas económicas, depresión y angustia por el futuro”, situación éstas en las que “la prueba de la supervivencia, el dolor hasta el límite de lo soportable, y las violencias sufridas, especialmente aquéllas contra la mujer, hacen que las opciones por la defensa y promoción de la vida sean exigentes, a veces incluso hasta el heroísmo...”

Y la actitud del Padre es tan clara, como sus acusaciones: “Estas circunstancias pueden atenuar incluso notablemente la responsabilidad subjetiva y la consiguiente culpabilidad de quienes hacen estas opciones en sí mismas moralmente malas”. Pero esto no disminuye el valor de todo lo que hay que decir, porque “el problema va bastante más allá del obligado reconocimiento de estas situaciones personales. Está también en el plano cultural, social y político, donde presenta su aspecto más subversivo e inquietante en la tendencia, cada vez más frecuente, a interpretar estos delitos contra la vida como legítimas expresiones de la libertad individual, que deben reconocerse y ser protegidas como verdaderos y propios derechos”.

Un ejemplo reciente que justifica esta última cita de la Encíclica es el texto que se presentara en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, realizada en El Cairo, en septiembre de 1994. Ese texto señala que debe darse la máxima prioridad a la prevención de los embarazos no deseados y que, en caso necesario, la mujer “debe tener acceso a servicios de aborto seguros”. En base a estos pensamientos, los Estados Unidos, por ejemplo, permiten el aborto y han aprobado su financiamiento estatal.

¿Qué sucede al respecto en Chile? En nuestro país nacen aproximadamente trescientos mil niños al año. El número de abortos es desconocido. Según las estimaciones publicadas, habría anualmente sobre cien mil. La única cifra más directa conocida es la de aproximadamente cuarenta mil hospitalizaciones por aborto al año, cifra que no distingue entre abortos espontáneos y provocados.

Por otra parte, y dado que ciertos grupos ejercen presión para que el aborto sea aceptado como una acción médica lícita, con fines pre-

ventivos o terapéuticos, he creído importante compartir con ustedes algunos conceptos. Se ha llamado aborto terapéutico al término del embarazo por amenaza grave a la vida o salud de la madre. Tal amenaza grave debe producirse durante el embarazo y como su consecuencia directa, o bien, al momento del parto y como su consecuencia directa. Se presenta, en ese momento, el dilema entre salvar la vida de la madre o la del niño. En el pasado se consideró que circunstancias como madres con insuficiencia cardíaca severa, madres con insuficiencia renal o trasplantadas renales, y madres con insuficiencia hepática e hipertensión portal, conferían tal riesgo a la mujer que se hacía recomendable la interrupción del embarazo como una alternativa terapéutica. Sin embargo, publicaciones de nuestro propio Departamento de Obstetricia y Ginecología, así como de otros grupos del país y de otras naciones, confirman hoy que esas patologías no son impedimento para el embarazo, si bien le confieren un alto riesgo materno y fetal.

Existen otras circunstancias como la coexistencia de una gestación inicial con ciertos cánceres, cuyo tratamiento involucra la terminación secundaria del embarazo. Sin embargo, esas situaciones constituyen modelos de naturaleza ética diferente. Son abortos indirectamente provocados por una terapia. Esos casos deben ser considerados como casos particulares del voluntario indirecto y no como abortos terapéuticos.

Respecto a las indicaciones psiquiátricas de aborto terapéutico que constituyen las razones más fuertemente invocadas en los países que han legalizado el aborto, debemos decir que el argumento dado es generalmente que la mujer afectada se suicidaría de no acceder al aborto. Sin embargo, no existen evidencias científicas que avalen tal posición; por el contrario, ellas señalan que la situación postaborto provocado determina un aumento de hasta nueve veces en la posibilidad de suicidio.

El aborto llamado eugenésico se refiere a la interrupción del embarazo en aquellas situaciones en las que es posible predecir con certeza que el niño nacerá con enfermedades o malformaciones incompatibles con la vida. Los países que legalizan el aborto, sin embargo, expanden este concepto a otras alteraciones graves que no son necesariamente incompatibles con la vida (síndrome de Down, por ejemplo). La mayoría de las malformaciones letales, por su parte, se resuelve, frecuentemente, con la muerte espontánea del feto *in utero* antes del término de la gestación.

Una variante nueva de aborto es la mal llamada "reducción fetal selectiva", en la cual se eliminan, en el caso de embarazos múltiples, secundarios generalmente a tratamientos para la infertilidad, a todos aquellos fetos que la madre desee, de modo de reducir el número total de fetos y mejorar supuestamente el pronóstico de ese embarazo. Esta situación no resiste mayor análisis, entre otras razones, porque ella constituye un problema evitable, secundario a la utilización masiva y no controlada de técnicas de fertilización asistida.

He querido con estas explicaciones y definiciones mostrar a ustedes que la figura del aborto terapéutico es, en definitiva, un resquicio para despenalizar otros abortos practicados en razón de la salud o bienestar de la madre. Autorizar bajo pretexto de condiciones extraordinarias que la vida pueda ser terminada por decisión humana abre un peligroso campo para la discrecionalidad y la arbitrariedad.

La legislación refleja los principios y objetivos permanentes de una nación. Si los castigos reflejan la escala con que esa sociedad valora lo que desea salvaguardar, no se entiende que en un país donde se acepte la pena de muerte sólo bajo condiciones excepcionalísimas de culpabilidad, la vida de un ser humano inocente pudiese quedar deliberadamente desprotegida por la ley. Esta incoherencia resultaría aún más manifiesta bajo la hipótesis de una supresión de la pena de muerte, idea promovida generalmente por aquellos mismos grupos que favorecen el aborto.

Al respecto, la Encíclica dice: "Reivindicar el derecho al aborto, al infanticidio, a la eutanasia, y reconocerlo legalmente, significa atribuir a la libertad humana un significado perverso e inícuo: el de un poder absoluto sobre los demás y contra los demás".

La respuesta evasiva de Caín: "¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?", alude entonces a los síntomas de "la falta de solidaridad con los miembros más débiles de la sociedad...", es decir, ancianos, enfermos, inmigrantes y niños. No querer responder implica irresponsabilidad y falta de solidaridad. Este mismo llamado se ha repetido en las Encíclicas *Sollicitudo Rei Socialis* y *Centesimus Annus*.

Y el llamado de la Encíclica no va sólo dirigido a los católicos, sino que a toda la sociedad... a aquellos que tienen facultades sobre la vida, a los médicos, los legisladores, funcionarios internacionales, medios de comunicación, a toda la humanidad y en especial a las parejas, porque del modo que señalábamos se comportar

tan hoy "no pocos poderosos de la tierra. Estos consideran también como una pesadilla el crecimiento demográfico actual y temen que los pueblos más prolíficos y más pobres representen una amenaza para el bienestar y la tranquilidad de sus países. Por consiguiente, antes de querer afrontar y resolver estos graves problemas respetando la dignidad de las personas y de las familias, y el derecho inviolable de todo hombre a la vida, prefieren promover e imponer por cualquier medio una masiva planificación de los nacimientos. Las mismas ayudas económicas, que estarían dispuestos a dar, se condicionan injustamente a la aceptación de una política antinatalista". Es así que incluso instituciones internacionales se dedican a alentar y programar auténticas campañas de difusión de la anticoncepción, la esterilización y el aborto. En nuestro medio, la publicidad de las revistas médicas, así como la del anuario, son evidencia de ello.

Se produce entonces esta rara coexistencia de hechos contradictorios. Mientras los gobiernos y los congresales de nuestro país y de otros reclaman airadamente las violaciones a los derechos humanos, tema muy en boga desde hace años en Chile, sucede que el derecho mismo a la vida queda prácticamente negado, en particular en los momentos más emblemáticos de la existencia, como son el nacimiento y la muerte... Las palabras que se usan para defender los derechos humanos en otras situaciones no se usan para defender el derecho a la vida del no nacido o de los enfermos terminales... las palabras con que se reclama la intervención de potencias extranjeras en las decisiones o voluntades de nuestros pueblos, no se utilizan para reclamar de la intervención masiva y de las presiones económicas para difundir en conferencias internacionales la anticoncepción, la esterilización y el aborto.

FERTILIZACION ASISTIDA Y DIAGNOSTICO PRENATAL

La *Evangelium Vitae* examina también la moralidad de las técnicas de reproducción artificial y del diagnóstico prenatal. "Las distintas técnicas de reproducción artificial —dice el documento— que parecerían puestas al servicio de la vida y que son practicadas no pocas veces con esta intención, en realidad dan pie a nuevos atentados contra la vida. Más allá del hecho de que son moralmente inaceptables desde el momento en que separan la procreación del contexto integralmente humano del acto conyugal, es-

tas técnicas registran altos porcentajes de fracaso". De hecho, en 1991 se logró un 13,6% de nacimientos, de acuerdo a información incluida en el llamado Registro Latinoamericano de Resultados de Reproducción Asistida, en base a datos provenientes de 31 centros. Y, además, "se producen —continúa el Pontífice— con frecuencia embriones en número superior al necesario para su implantación en el seno de la mujer, y estos así llamados 'embriones supernumerarios' son posteriormente suprimidos o utilizados para investigaciones que, bajo el pretexto del progreso científico o médico, reducen en realidad la vida humana a simple 'material biológico', del que se puede disponer libremente".

Hoy en día no sólo es necesario entregar a nuestras pacientes las alternativas que el progreso tecnológico en Medicina ofrece para lograr tener hijos. Considerando que de cualquier forma tener hijos es un *don* y no un *derecho*, tal como el imperativo de la razón práctica ha intentado hacerlo valer a nivel universal, cabe a la Medicina, y también a la mujer contemporánea, recuperar el "verdadero sentido de la vida".

Hoy existen niños desarrollados a partir de un embrión fecundado *in vitro* y previamente congelado, y en algunos países hay bancos de semen y donantes de óvulos; se efectúa manipulación cromosómica para evitar y/o tratar la transmisión de enfermedades hereditarias; han proliferado las madres de alquiler y se han introducido las modificaciones legales necesarias para su existencia; los medios de comunicación han dado a conocer escándalos como el de un médico que embarazó a 75 pacientes, inseminándolas con su propia esperma; mujeres posmenopáusicas pueden embarazarse y tener hijos; madres de 53 años que, con óvulos obtenidos de sus hijas de 20 años fecundados *in vitro*, consiguen hija y nieta al mismo tiempo; aparecen *best-sellers* en que médicos y pacientes son protagonistas de hechos insólitos; se discute y legisla sobre la posibilidad de que parejas de homosexuales y de lesbianas puedan tener hijos artificialmente; y se habla sobre mujeres negras casadas con hombres blancos que pueden elegir ser fecundadas con óvulos de donantes blancas para que sus hijos no sean discriminados (escogiendo, por tanto, la raza de su hijo).

La realidad descrita está, entonces, rodeada de situaciones que suponen un desconocimiento del verdadero significado de la persona humana, así como de su dignidad: bancos de semen, congelación y eliminación de embriones, control de calidad sobre el producto de la concepción para mantenerlo o eliminarlo, posibilidad de utilizar

experimentalmente los embriones, así como de comerciar con ellos.

Desde esta perspectiva, tener hijos se ha convertido en un derecho inalienable y ha dejado de ser un don. Por eso, la FIV es hoy el paradigma de los deseos del hombre para la próxima centuria: la vida y la muerte sometidas a la decisión de él mismo; es el sueño del Fausto que ya no requiere del pacto con los demonios para lograr sus propósitos. El hombre se convierte así en señor de la vida y dueño de la muerte a su voluntad. El médico, sin embargo, ha sido siempre un servidor de la vida, no su dueño.

Vivimos el drama del hombre contemporáneo: el eclipse del sentido de Dios y del hombre. Y cuando se pierde el sentido de Dios también el sentido del hombre es amenazado, como afirmara ya el Concilio Vaticano II: "La criatura sin el Creador desaparece... El hombre pierde su carácter trascendente..." ...No considera ya la vida como un don espléndido de Dios, una realidad "sagrada", confiada a su responsabilidad y, por tanto, a su custodia amorosa, a su "veneración". La vida llega a ser simplemente "una cosa", que el hombre reivindica como su propiedad exclusiva, totalmente dominable y manipulable.

"El eclipse del sentido de Dios y del hombre —continúa diciendo el Papa— conduce inevitablemente al materialismo práctico, en el que proliferan el individualismo, el utilitarismo y el hedonismo. El único fin que cuenta es la consecución del propio bienestar material. La llamada 'calidad de vida' se interpreta principal o exclusivamente como eficiencia económica, consumismo desordenado, belleza y goce de la vida física, olvidando las dimensiones más profundas de la existencia".

Toda esta nueva tecnológica trae consigo, además, la pérdida de conciencia en la opinión pública y en las autoridades de salud sobre las prioridades en esta área. Para ejemplificar este aspecto basta señalar la situación de la tuberculosis. Hoy existen veinte millones de tuberculosos en el mundo y ocho millones de casos nuevos aparecen cada año. De esos casos nuevos mueren tres millones, lo que resulta una curiosa paradoja para una enfermedad que es esencialmente curable. Peor aún, dos mil millones de habitantes, casi un tercio de la población mundial, están infectados con el bacilo de Koch. De ese reservorio surgen las víctimas futuras. En Chile fallecen 650 personas al año por tuberculosis, enfermedad curable para la cual existen métodos diagnósticos y tratamientos gratuitos, tratamiento que, de paso, es prác-

ticamente infalible. Para aumentar un año la vida de un enfermo de tuberculosis bastan centavos de dólar, cifra muy diferente a los 1.500 a 4.000 dólares que suponen las drogas utilizadas en un ciclo de FIV en los Estados Unidos, o a los 250 mil a 500 mil pesos que resultan en Chile.

CONCLUSIONES

La Encíclica es también y, finalmente, una invitación a trabajar incansablemente por una nueva cultura, la cultura de la vida y del amor en todos los ámbitos del quehacer humano. Juan Pablo II vuelve a tocar en este documento una serie de problemas de trascendencia vital para la sociedad de nuestro tiempo, en un documento imprescindible para la orientación del mundo católico. Es lo que ha hecho en todas sus encíclicas desde la primera, *Redemptor Hominis* (que se refirió al proyecto de Dios para la historia humana).

La trascendencia de esta encíclica puede compararse, por sus alcances históricos, con la *Rerum Novarum* (del Papa León XIII), que constituyó una reacción ante la dureza del sistema económico que desde los inicios de la revolución industrial imperaba sin contrapeso en Europa.

La Encíclica actual examina las fronteras de la vida humana, el alba y el ocaso de la existencia terrena. Aborto, procreación artificial y eutanasia son preocupaciones concretas, vivísimas y urgentes. Pero la defensa de la vida es una cuestión que atañe profundamente al significado de la igualdad, de la democracia, del derecho y de la libertad. Esa defensa constituye la "nueva cuestión social", que exige la valentía de dar voz a quien no la tiene, tal como sucedió hace cien años con la defensa de los derechos de los trabajadores.

Ciertamente, luego de leer esta Encíclica, no se puede decir que el Papa que viene de lejos esté cansado. El documento, luego de un crudo análisis de la realidad actual, traza una estrategia mundial y promueve una movilización general con una gran apertura llena de esperanza en el futuro. La insistencia en la totalidad del compromiso es una nota característica de la Encíclica: "En la movilización por una nueva cultura de la vida nadie se debe sentir excluido: todos tienen un papel importante que desempeñar".

Lo que el Santo Padre señala en este documento es, en parte, el camino para el tercer

milenio: "Poniendo el respeto incondicional de la vida humana como fundamento de una sociedad renovada". Esto podrá hacerse realidad si se recupera la unidad entre la fe y la vida, pero no en el sentido de subordinación, sino en el de aceptar que las bases de la convivencia civil necesitan la luz y la fuerza de la fe o del sentido religioso. La contemplación de la dignidad humana, sin reservas ni ambigüedades, desde la concepción, es el camino para que el hijo hoy pródigo vuelva a abrazar a su padre.

Nuestra Universidad es una obra de educación y de evangelización. Ese es su fin. Dar libertad o más libertad al hombre a través de sus enseñanzas. Al aprehender más conocimiento el hombre gana libertad, porque gana conciencia propia, capacidad reflexiva para ser el protagonista de su propio camino de perfección. La aprehensión de nuevos conocimientos hace al hombre más humano, hace al mundo verdadera morada del hombre. La búsqueda y perfeccionamiento del conocimiento es lo que nos hace imágenes y semejanzas de Dios.

Nuestro siglo, ocupado con tan brillantes progresos científicos y tecnológicos, se ha olvidado del hombre, o al menos lo ha subestimado, no ha creído en él o ha pensado pobremente de él. Algunos lo han reducido al resultado de relaciones económicas y/o sociales. Algunos pretenden clasificarlo, y no siendo suficientes los géneros masculino y femenino, pretenden agregar ahora géneros variados (homosexuales, lesbianas y bisexuales). No importa cuál sea la forma en que se haya mirado al hombre; todas ellas se han olvidado del sentido del hombre, de su dignidad y de su trascendencia. Era entonces esperable que sobre esas bases se edificara un conocimiento que, en vez de ennoblecer al hombre, lo envilece.

En Chile deberíamos promover políticas sociales preventivas y una legislación realmente eficaz; promover, por ejemplo, la sana educación sexual; la atención médica, psicológica y social a las mujeres embarazadas, especialmente solteras y adolescentes; la protección en el trabajo, licencias, opciones de carreras flexibles y horarios compartidos; la alta calidad en los cuidados infantiles, nutricionales, de salud y servicios comunitarios; la regulación de la fertilidad y expeditos mecanismos de adopción. No hay dudas de que para cualquier gobierno es más sencillo y quizás de más bajo costo legitimar el aborto antes que enfrentar ese cúmulo de arduas responsabilidades.

La importancia de factores como la educación, en general, y la educación al amor, en par-

ticular, se hace evidente cuando se considera que las entrevistas a las mujeres que abortan señalan que ellas poseían antes de embarazarse un conjunto de creencias reñidas absolutamente con la realidad biológica y una carencia casi completa de orientaciones éticas en relación a la sexualidad.

La promoción de centros de métodos naturales de planificación es una responsabilidad que incluye y supera a los departamentos de obstetricia y ginecología; es responsabilidad de toda nuestra Universidad, responsabilidad de cada uno de sus académicos... Nuestros consultorios, centros médicos para estudiantes y otros, deben recibir y tratar de un modo especialmente misericordioso y acogedor a todas aquellas madres solteras y adolescentes que se embarazan... Debemos favorecer las políticas de adopción... Los administrativos de nuestro hospital, preocupados del exitoso quehacer económico, deberán preocuparse también de crear los medios que permitan recibir a los más necesitados y a aquellos que, teniendo patologías de excepción, más se benefician de la sofisticada infraestructura tecnológica de nuestro establecimiento. En el pasado, los administrativos y algunas autoridades se han sentido ausentes de tal responsabilidad, o ésa es, al menos, la percepción que nosotros hemos tenido. Hoy está claro, al menos después de leer esta Encíclica, que esta responsabilidad no es sólo para algunos escogidos.

Y lo que el Santo Padre, el sucesor de Pedro, Dios en la tierra, espera es, en sus propias palabras, que se revise "la función de los hospitales, de las clínicas y de las casas de salud; su verdadera identidad no es sólo la de estructuras en las que se atiende a los enfermos y moribundos, sino ante todo la de ambientes en los que el sufrimiento, el dolor y la muerte son considerados e interpretados en su significado humano y específicamente cristiano". Además, "estas estructuras -continúa el documento- y centros de servicio a la vida deben ser animados por personas generosamente disponibles y profundamente conscientes de lo fundamental que es el Evangelio de la Vida para el bien del individuo y de la sociedad".

El paradigma de la Medicina es la búsqueda del bien del otro, la defensa y la salvación de la vida. No buscar esos fines y/o buscar argumentos para no lograrlos implica una falla a la sociedad y a nosotros mismos.

La incorporación de la bioética a nuestra Facultad de Medicina en general, y a nuestro Departamento de Obstetricia y Ginecología, en particular, nos permitirá hacer una nueva forma

de Medicina. Esto es que al incorporar a nuestra acción diaria la reflexión ética obligará a que perfeccionemos la técnica en direcciones que, sin esa reflexión, no habría tenido el interés, la motivación o las energías para hacerlo. Esto es válido también para la ciencia, ya que una preocupación ética inteligente y atenta generará preguntas que sin esa motivación no habrían surgido. Y lo que es válido en sentido positivo, lo es también en sentido negativo, ya que líneas de trabajo y de investigación que podrán consumir los esfuerzos de otros grupos de investigación con una preocupación ética diferente, podrán eventualmente ser consideradas por nosotros como irrelevantes o de interés secundario, a la vez que podremos encontrar afinidades con grupos de trabajo a los cuales previamente habíamos desconsiderado. Se trata, en definitiva, de hacer una Medicina que, estando en contacto y continuidad con todo aquello de universalmente bueno y verdadero en la Medicina de hoy y de todos los tiempos, sea a la vez original y segura de sí misma, con personalidad propia en lo humano, en lo científico y en lo técnico.

Chile está llamado hoy a promover la nueva

cultura... Como dice André Frossard: "Este país está hecho como una inmensa terraza, un inmenso balcón sobre el mar y el sol del crepúsculo. Este balcón da hacia los infinitos. El infinito del mar, del océano, del cielo. Chile es un país donde hay más cielo que en otras partes, en razón de su situación de terraza sobre el mar... Ha sido denominado *Finis Terrae*, final de la tierra. Y cuanto se halla en el extremo del mundo está también en el comienzo del cielo. Espero que Chile dé un día noticias del cielo". Hoy es nuestra gran oportunidad de dar noticias del cielo e iluminar la tierra con la luz de la verdad.

En la realización de estas tareas, creo que debiéramos hacer nuestras, a modo de diaria oración, las palabras con que nuestro Rector terminara su discurso inaugurando el año académico 1986: "...no le pido a Dios un largo rectorado; no le pido ni la fuerza ni la pujanza de la salud, ni el éxito en las empresas que me toque acometer, ni siquiera la comprensión de aquellos a quienes estoy llamado a dirigir; le pido solamente que me haga fiel, que me haga fiel hasta lo último, fiel con humildad y con firmeza, y que nos dé a todos nosotros la gracia de hacer Su Voluntad..."



III

P E R F I L E S

Médicos cristianos y santos médicos*

Dr. Henri Bon

*Presidente del Franco Condado de la Sociedad Médica
de San Lucas Besançon, Francia.*

Tres razones debían, desde el comienzo del Cristianismo, hacer fácilmente de los médicos, cristianos, y de muchos cristianos, médicos.

El Cristianismo, por su espíritu de caridad, respondía al ideal de los hombres que habían elegido la profesión médica por piedad, o que habían adquirido esta piedad a la cabecera de los enfermos.

La Medicina, por los medios que daba para consolar los sufrimientos humanos, debía atraer los corazones y los espíritus cristianos. En fin, el estudio del organismo humano y de los mecanismos providenciales que concurren a su conservación, eleva, como decía Galeno, el espíritu del médico al todo poder, a la toda sabiduría y a la suma bondad del autor de este organismo.

Encontramos, pues, en el curso de los siglos, numerosos médicos que sus virtudes cristianas y los testimonios que Dios ha concedido a su santidad, han permitido a la Iglesia elevarlos sobre

* Capítulo III del "Compendio de Medicina Católica". Traducción española del Dr. D. Sánchez de Rivera y Moset. Ediciones Fax, Madrid, 1940.

sus altares, y numerosos médicos cuya vida espiritual no solamente coincide con una actividad científica notable, sino que, con frecuencia, ha sido el motivo de su sed de saber, del ardor en descubrir y de la alegría en consolar. Debemos conocerlos, pues son nuestros guías, nuestros modelos y, sobre todo, nuestros patrones vivos de la vida eterna, y susceptibles de colaborar con nosotros, si sabemos rogarlos.

Siglo I. *San Lucas, medicorum cristianorum princeps et patronus*, como le designa Guillermo del Val, decano de la Facultad de Medicina de París en 1642, nació en Antioquía hacia el año 17 ó 18 de nuestra era. En esta ciudad, en plena prosperidad, y que se clasificaba después de Roma y Alejandría, brillaban escuelas célebres. Según San Jerónimo, Lucas se mostró celoso en los estudios enciclopédicos de la época y fiel a la castidad. Convertido al Cristianismo, con motivo de la predicación de San Pedro, que tuvo lugar el año 40, se unió a San Pablo, con el que le vemos en misión hacia el año 48. Es "Lucas el médico muy amado" de que habla San Pablo en la Epístola a los Colonicenses (Col IV, 14). Le acompaña en sus viajes apostólicos; con él va a Roma el año 56. Le acompaña de nuevo el 65, y después del martirio de San Pablo en el 67, evangeliza Grecia, y muere a los setenta y cinco u ochenta años, probablemente por el martirio. En el curso de esta carrera apostólica, que él mismo nos ha descrito en gran parte en las *Actas de los Apóstoles*, el erudito San Lucas hace el balance de las bases positivas de su enseñanza, como lo explica el prólogo de su evangelio:

"Puesto que muchos se han ensayado en componer un relato de los hechos realizados entre nosotros, según nos los han transmitido aquellos que han sido, desde el comienzo, los testigos oculares y los servidores de la Palabra, me ha parecido bien, a mí también, que he tomado exactamente todas las cosas desde su origen, de escribirte –excelente Teófilo–, a fin de que des cuenta real de la solidez de las enseñanzas que has recibido". (Lc 1, 1-4).

Este evangelio, escrito en griego, y de un notable valor literario, ofrece, entre otras, dos particularidades que debemos hacer resaltar desde el punto de vista médico: primero, el empleo exacto de los términos médicos, y, sobre todo, del término técnico, más bien que del vulgar, delatando la educación médica del autor; después el relato –que sólo él puede hacer– de episodios de la infancia de Cristo, que parece no poder haber sabido sino por la Virgen misma:

"Pues María –nos dice– guardaba estas cosas, meditándolas en su corazón". (Lc 2, 19).

Cuando el médico titubea ante las miserias, fealdades, amarguras, que encuentra en su misión caritativa, sólo halla la fuerza y recompensa al pensar que es un médico a quien la Virgen ha elegido para confiar "estas cosas que ella guardaba en su corazón". (Lc 2, 51).

Si se evoca a Mateo, el publicano; Pedro, el pescador, encargado el primero del pontificado; Juan, el teólogo; Pablo, el apóstol de fuego, se comprende que Lucas, el médico, haya tenido el privilegio de recoger los primeros trazos del destino del Niño-Dios.

La que se debía invocar bajo el nombre de *Salus infirmorum* sabía lo que un corazón de hombre puede adquirir de comprensión en la escuela de la piedad.

San Ursicino fue médico en Ravena. Se hacía admirar por su caridad con los pobres. El año 67 fue detenido y condenado a muerte por haber confesado la fe de Jesucristo. Como manifestase temor al aproximarse el suplicio, San Vidal, que asistía al juicio, le gritó: "Ursicino, tú, que por ser médico, tienes costumbres de curar a los demás, ten cuidado de no darte a ti mismo el golpe de la muerte eterna...; teme perder la palma que el Señor te ha preparado".

Esta arenga levantó el valor de Ursicino; pero al descubrir la fe de Vidal, dio lugar al suplicio de este último. Ursicino y Vidal fueron, por ello, los protectores de Ravena.

Santa Zenaida, parienta del apóstol San Pablo, vivía en Tarsis y ejercía la Medicina. Después de su conversión se retiró a una montaña, y vivió hasta su muerte la vida de ermitaña.

Siglo II. *San Antioco*, originario de Mauritania, vivió bajo el emperador Adriano. Espíritu cultivado, se dio al estudio de la Medicina, que ejercía por caridad. Alma de apóstol, recorría las provincias, predicando el Evangelio. Martirizado inútilmente, fue expulsado de la isla Sulcitana, cerca de la costa suroeste de la Sardinia, y continuó sus predicaciones. Murió el año 120.

Santa Leonila vivía en Capadocia, bajo el emperador Marco Aurelio. Se destacó en la Medicina y adquirió un gran renombre. Convirtió a sus tres nietos, que eran gemelos, Speusipo, Eleusipo y Meleusipo; pero, denunciados, sufrieron el martirio, así como Leonila, hacia el 166.

San Medicus ejercía la Medicina, en esta época, en Otricoli, en Umbría, y su ciencia médica le había hecho ser bien visto por Marco Aurelio. Pero hacia 172 fue denunciado como

cristiano al gobernador de la ciudad y, por su renuncia a abjurar, fue sometido a muchos suplicios salvajes y, finalmente, decapitado. Su conversión al Cristianismo se debió a un gran milagro operado por intercesión de San Víctor de Damasco.

San Alejandro era originario de Frigia y había estudiado Medicina en las escuelas de Grecia. Vino a fijarse en Lyon —donde se hallaba desde hacía tiempo— una colonia cristiana venida de Oriente. Se hizo señalar por su celo apostólico, y en 177, durante la persecución de Marco Aurelio, por alentador a los cristianos en el curso de los juicios, fue entregado al gobernador y arrojado a las fieras.

San Raveno y *Rasipho* eran médicos ingleses. El primero, sacerdote, y el segundo, diácono. Hacían numerosas conversiones. Expulsados de su país, se fijaron en la Galia, en un desierto, ulteriormente Macé, de la diócesis de Seez. Pero bien pronto los enfermos afluyeron; lo dos hermanos volvieron, a la vez, al ejercicio de la Medicina y a la predicación; y las conversiones se multiplicaron. Pero el prefecto de la provincia envió a sus sicarios, que les dieron muerte.

Siglo III. *San Carpo* y *San Papyrus* ejercían la Medicina en Thyatire, en Asia Menor, bajo el reinado de Decio. Eran originarios de Pérgamo.

Carpo fue elegido como obispo y Papyrus de adjunto, como diácono. Denunciados como cristianos, y habiéndose negado a abjurar a pesar de los suplicios, murieron por el fuego el año 251.

En 258, bajo Valeriano, *San Codrat*, médico de Corinto y cristiano de ardiente proselitismo, fue también martirizado.

San Talaleo habitaba en el Líbano y ejercía la Medicina con una caridad y desinterés notables. Hacía milagros y numerosas conversiones. El prefecto de Edesa le hizo arrojar del país. Refugiado en Cilicia, continuó su ministerio médico y apostólico; pero, detenido, sufrió el martirio con tal valor, que muchos asistentes a él se convirtieron. Los milagros obtenidos por su intercesión hicieron célebre su culto en todo el Oriente, donde fue calificado de megalomártir y taumaturgo.

Llegamos al 287, el de la gran persecución de Dioclesiano, que iba a ser funesta para numerosos médicos cristianos. Los más célebres son los *Santos Cosme* y *Damián*. Nacidos en Egea, en Cilicia, de padres nobles y cristianos, eran de origen árabe. Se cree que eran gemelos y que tenían otros tres hermanos. Hicieron sus estudios médicos en Antioquía, como San Lucas, o en Pérgamo, cuya renombrada escuela se

encontraba más cerca de Egea. No se sabe. Pero lo cierto es que ejercieron su profesión en Cilicia, con un desinterés tal que les valió el calificativo de *Anargyros*.

Denunciados en 287 al gobernador Lysias, como opuestos a las prácticas del paganismo, fueron llevados a su presencia, obligándoles a sacrificar a los dioses. Ante su negativa, se les sometió a diversos suplicios, a los cuales resistieron milagrosamente, proclamando su fidelidad a Cristo. Finalmente fueron decapitados.

Sus cuerpos fueron transportados a Ciro, en Siria, donde edificaron una iglesia en su honor, según nos lo indica una carta de Teodato, obispo de esta ciudad en el siglo V. El emperador Justiniano I, en el siglo VI —curado milagrosamente por la intercesión de nuestros santos—, hizo fortificar y decorar la ciudad de Ciro, y restaurar la iglesia que les había sido dedicada en Constantinopla.

Apoyado por numerosos milagros, su culto se propagó rápidamente, y hacia el año 528 el Papa San Félix IV hizo edificar la iglesia de los Santos Cosme y Damián en el Foro. Por último, el Concilio Ecuménico de Nicea en 786, apoyándose en numerosos milagros de nuestros santos, reconoció la legitimidad de su culto.

La Iglesia venera a los Santos Cosme y Damián, médicos árabes, el 27 de septiembre; ha inscrito sus nombres en el Canon de la Misa y en las letanías de los santos.

La misma persecución de Dioclesiano y de Maximiano sacrificó a *San Antíoco*, que ejercía la Medicina en Sebasta, en Armenia, y que había sido convertido al Cristianismo por su hermano San Platón; *San Diómedes*, médico de Tarso, después de Nicea, en Bitinia; *San Leoncio* y *San Carpofo*, de origen árabe, médico en Aquilea de Illiria; *San Carponio*, médico romano, bautizado por San Silvestre, el futuro Papa, y martirizado en Capua, donde se había refugiado.

San Pantaleón, particularmente venerado en Oriente, bajo el nombre de Pantaleeimón (todo misericordioso), era discípulo de un célebre médico de Nicomedia, en Bitinia, Eufrosino, y su ciencia médica le valió la estimación del emperador Maximiano.

Pero convertido al Cristianismo, y dotado del poder de curar los enfermos por la sola intercesión del nombre de Cristo, dio libertad a sus esclavos, repartió sus bienes a los pobres y se dedicó a las obras de caridad.

Denunciado al emperador hacia 303, fue entregado a los verdugos. Innumerables milagros confirmaron su culto.

Siglo IV. En 304 sucumben al martirio: *San Oreste*, médico en Tyrana, Capadocia; *San Cenobio*, hábil médico de Sidón, en Fenicia, al cual sus virtudes le valieron ser ordenado sacerdote; *San Zenobio*, médico y taumaturgo, en Egea, donde fue obispo; en fin, *San Casiano*, médico y obispo de Todí, en Umbría.

San Eusebio, hijo de un médico de Cossignana (Gran Grecia), siguió la profesión de su padre. Venido a Roma, fue elevado al sacerdocio, y en 308 recibió la consagración episcopal. Gobernó la Iglesia durante el cautiverio del Papa Marcelo I, y después de la muerte de éste le sucedió (abril o mayo de 310); pero el hereje Heraclio obtuvo del emperador Majencio su destierro a Sicilia, donde murió el 26 de septiembre del 310. Su tumba fue descubierta en la catacumba de San Calixto, en 1856, por M. de Rossi.

San Ciro, médico de Alejandría, es martirizado en 311; *San Julián*, médico de Emesio, en Fenicia, es crucificado en 312; *San Blas*, médico, después obispo de Sebasta, en Armenia, es torturado en 316. La curación por San Blas, en la prisión, de un niño que se había tragado una espina de pescado, hace invocar a este santo en las afecciones de la garganta, y Aecio, célebre médico de Alejandría (siglo VI), aconseja en uno de sus libros recurrir a San Blas contra los cuerpos extraños de la garganta.

San Teodoro (334), médico y obispo de Laodicea, fue algo sospechoso de arrianismo. *San Julián*, médico de Chipre, debió a su homónimo, el emperador Julián el Apóstata, ser decapitado hacia 361. *San Cesáreo*, hijo de San Gregorio de Nacianzo, el Teólogo, y de Santa Gorgonia, hizo sus estudios de Medicina en Alejandría. Primer médico de Julián el Apóstata, que le conservó en la corte, a pesar de su negativa a apostatar, fue colmado de honores por los emperadores Joviano y Valerio; pero se hizo, sobre todo, admirar por su fe y por su caridad en el ejercicio de la profesión. Murió en 389 cuando se disponía a retirarse del mundo, para consagrarse únicamente al servicio de Dios. *San Juvenal*, médico de Cartago y sacerdote, fue nombrado obispo de Narni, en Umbría, por el Papa San Dámaso (369). Su piedad y sus milagros le permitieron convertir al Cristianismo la mayor parte de los habitantes de su villa episcopal, todavía afectos al paganismo. *San Basilio* estudió Medicina en Atenas, y se encuentran, en su *Hexameron* y en sus homilías sobre el hombre, las huellas de sus conocimientos médicos.

Encontramos por esta época un médico, Nemesius, filósofo convertido al Cristianismo y

que fue obispo de Emeso, en Fenicia. Nos ha dejado un *Libro de la naturaleza de hombre*, que se encuentra en la biblioteca de los Padres, y del que se ha exagerado la importancia desde el punto de vista anatómico y fisiológico.

Siglo V. *Santa Nicerata*, oriunda de una familia rica de Nicodemia, vino a Constantinopla, donde, para cumplir mejor el ministerio de caridad, al que se había consagrado, se entregó al estudio de la Medicina y, según dicen, sobresalió. Se cree que fue ella quien cuidó a San Juan Crisóstomo durante una enfermedad del estómago. Murió hacia 404.

San Liberato, médico de Cartago, y *San Emiliano*, médico igualmente, fueron martirizados hacia 484, en la persecución desencadenada por Hunérico, rey de los vándalos, y adepto al arrianismo.

En época indeterminada, pero probablemente en los primeros siglos, se encuentran citados *Santa Sofía*, médica, que murió por la espalda, y en otra parte *San Pablo*, médico, muerto en su prisión y honrado por los griegos.

En el siglo VI encontramos a *San Sansón*, que consagró su fortuna a los pobres, y su ciencia y su abnegación a los enfermos. Habiendo curado al emperador Justiniano, sólo aceptó como recompensa un hospital, construido cerca de la iglesia de Santa Sofía, y en el cual prosiguió su carrera de caridad. Fue elevado al sacerdocio (531).

En el mismo siglo vemos un médico griego, *San Pablo*, instalarse en Mérida, y conseguir de tal modo la estimación de todos, que fue elegido obispo de la ciudad.

Durante su pontificado, la esposa de un senador de la ciudad, que estaba embarazada, recibió una violenta contusión en el vientre, que produjo la muerte del niño y puso en gran peligro a la madre. Los médicos la declararon perdida; el senador suplicó al obispo que atendiese a su mujer. San Pablo, resguardándose en su condición sacerdotal, aceptó solamente aconsejar a los médicos. Pero vencido, finalmente, por las súplicas del senador y de cuantos le acompañaban, consintió en operarla él mismo, extrayendo en trozos el niño, ya putrefacto. La enferma curó¹.

¹ El Padre Flores cita este hecho (tomo XIII de su *España Sagrada*) acaecido no en el siglo de 531, sino hacia el año 250, y que demuestra cómo estaba la cirugía en España en esta época suevógoda.

Lo relata aproximadamente como aquí va expuesto, y termina diciendo que los interesados dieron la mitad de su fortuna al obispo-médico y de la otra mitad quedaron sólo como usufructuarios. Como el obispo les sobrevivió, la heredó toda —que era cuantiosa—, pero la repartió íntegra entre los pobres. (Nota del traductor).

En el siglo VII, *Teófilo Protospatario*, anatómico griego, clásico en las escuelas de la Edad Media, antes de la introducción de los autores árabes, compuso cinco libros sobre la estructura del cuerpo humano, en los que completa sensiblemente los conocimientos de sus antecesores.

Si unimos este hecho a la habilidad operatoria de San Pablo, obispo de Mérida, vemos que los médicos greco-cristianos debían seguir las tradiciones anatómicas de Herófilo, Erasistrato, etc., y que indudablemente fue, sin duda, por ellos por los que se introdujo en Occidente el uso de las disecciones.

La religión de Teófilo no es, por otra parte, extraña a su ciencia; antes de hablar de la estructura de los pulmones, invoca a Jesucristo, el solo verdadero Dios, por quien todo ha sido hecho, y sin el cual no se ha hecho nada.

En el Libro IV, capítulo XVI, hablando del ojo, luz del cuerpo, dice: "*Así habla en los Santos Evangelios Jesucristo, nuestro Dios verdadero*".

En la misma época, *San Isidoro*, obispo de Sevilla, y doctor de la Iglesia, estaba en el primer rango en toda clase de ciencias. Su obra *De Etimologías* es una verdadera enciclopedia, cuyo cuarto libro está consagrado por entero a la Medicina (Patología y Terapéutica), y en el undécimo describe la anatomía humana y termina con un estudio sobre los monstruos.

Aarón, sacerdote y médico de Alejandría, compuso bajo el título de *Pandectas*, en lengua siríaca, una vasta compilación de autores griegos, que fue traducida al árabe en 683. La lengua siríaca era más familiar a los árabes que el griego. Aarón y otros autores siríacos fueron los iniciadores de los árabes en la Medicina griega. Aarón había sido –según se dice– el primero en describir la viruela.

El siglo IX nos presenta dos monjes médicos: el *Bienaventurado Iso* (871), que ejercía la Medicina y enseñaba en el monasterio de San Gall, y después en el de Grandval (diócesis de Bale); y *San Bertario*, abad de Monte Cassino, médico muy notable y profesor de esta ciencia en el monasterio. Dos tratados de Medicina que había compuesto están, desgraciadamente, perdidos. Fue martirizado con sus religiosos en 884 por los sarracenos.

El siglo XI levanta seis médicos sobre los altares: el *Bienaventurado Vulferio* o *Gouffier* florecía en Tonnerre, en el monasterio de Moustier-San Juan.

Llamado al monasterio de San Germán de Auxerre, donde había una enfermedad epidé-

mica, murió a los pocos días del contagio, en 1018. *San Fulberto* enseñó a la vez Teología y Medicina en las escuelas de la Iglesia de Chartres.

Fue maestro de dos célebres médicos del siglo XI: Juan, médico del rey Enrique I, y Gombert. Se conservan de él muchas cartas médicas, dirigidas a sus enfermos. Nombrado obispo de Chartres, hizo construir la célebre catedral. *San Alfán* estudió Medicina en Monte Cassino, donde era monje; fue llamado para curar al Papa Víctor II. Consagrado arzobispo de Salerno por el Papa Esteban IX (1057), estaba en relación con los médicos profesores de la escuela de esta ciudad, y Constantino el Africano le dedicó un tratado, *De Stomachi affectionibus*, que había compuesto a sus instancias.

San Guillermo Firmat nació en Tours y entró en el capítulo de San Venant; se dedicó al estudio y ejercicio de la Medicina, y, consagrándose después a la pobreza completa, se retiró a un desierto cerca de Mortain. Murió hacia 1090.

Su santidad se manifestó en vida y, después de su muerte, por numerosos milagros.

San Guillermo († 1091), abate de Virschau, de la familia de los duques de Baviera, era versado en todas las ciencias conocidas de su tiempo y, en particular, en Medicina. *San Agapito* († 1095) era monje y médico en el monasterio de Pieczarcy, cerca de Kiev, en Rusia.

En el siglo XII, el *Bienaventurado Alquier* († 1169) es monje y médico de Citeaux. Su habilidad le hacía ser llamado con frecuencia por los príncipes y señores del país. *Santa Hildegarda* († 1179), abadesa de Monte San Ruperto, es célebre por sus relaciones con numerosos sabios y grandes personajes de su tiempo y por sus frecuentes visiones.

"Santa Hildegarda –dice el Dr. Reuss– sobresale entre todos los monjes que en la Edad Media han ejercido la Medicina o escrito sobre esta ciencia. Además, como muchos de nuestros santos colegas, había recibido de Dios un tal don de curación que, al decir de sus historiadores Godofredo y Teodorico, casi ningún enfermo se le acercaba que no obtuviera en seguida la salud... Una de sus obras, en parte física, en parte médica, *De natura hominis, elementorumque diversarum creaturarum*, contiene la exposición de los secretos de la naturaleza que ella ha tenido por espíritu profético..., y es notable que describa muchas cosas desconocidas a los escritores de esta época y que después han sido dadas como novedades por escritores más modernos.

Su *Liber divinatorum operum simplicis hominis* encierra curiosos detalles sobre la naturaleza del hombre y sus enfermedades.

Su tratado *Physica sive utilitatum diversarum naturarum creaturarum libre novem* contiene numerosas nociones médicas. En Copenhague se conserva su *Liber compositae medicinae de aegritudinum causis, signis atque curis*².

El siglo XIII pone en evidencia el espíritu de piedad de los médicos portugueses. El *Bienaventurado Pedro* († 1262), médico famoso, se retiró al monasterio de los Hermanos Predicadores de Santarem. Cuidaba a los enfermos y pasaba casi todas las noches en oración. Estaba con tanta frecuencia en éxtasis, que sus hermanos le dieron por sobrenombre el *Padre Extático*. Estuvo en relaciones en su convento con el *Bienaventurado Gil de Santarem* († 1265), que, habiendo comenzado sus estudios de Medicina en Coimbra, tuvo la curiosidad y ambición de acabarlos en París, donde adquirió el título de doctor. Tocado por la gracia, abandonó la vida desarreglada que llevaba, entró a la Orden de Santo Domingo y, después de una vida de apostolado, murió en olor a santidad en el convento de Santarem.

*Pedro Hispano*³, o Pedro de Portugal, nació en Lisboa hacia 1220; hizo brillantes estudios en Montpellier y en París; fue primer médico de Gregorio, arzobispo de Braga, cardenal obispo de Fracasti y, en fin, proclamado Papa bajo el nombre de *Juan XXI* († 1277). Hay de él numerosas obras médicas, algunas manuscritas.

En fin, *San Alberto el Grande* (1206-1278) ilustra la Medicina católica de este siglo. Además de *De Medicina*, atribuida a él por algunos autores y no editada, se encuentran en sus obras—donde su espíritu potente e innovador ha abordado cuestiones interesantes en más o menos a la Medicina—: *De vegetabilibus*, *De animalibus*, *De nutrimento*, *De sonno*, *De respiratione*, *De formatione hominis in utero*, *De juventute*, *De morte et vita*, etc. Este gran santo y gran sabio recomienda siempre la ciencia como condición

² Pedro Hispano escribió una obra titulada *Tesoro de pobres*, que fue traducida al italiano e impresa en Venecia en 1500, y que es una especie de compendio de toda la Medicina. Y, además, las siguientes:

De medende podagra, *Canones medicinae*, *De oculis*, *De formativa hominis*, *In artem a Galeni et Glossae in Hippocratem de natura puerorum*, *Problemata et in phisionomica Aristotelis*, *In Isaacum de urinis et eiusdem de diaenis universalis et particularibus*.

Según H. Morejón, no se sabe que fuera médico de profesión. Murió en Viterbo, en 1277. (Nota del traductor)

de todo progreso en el conocimiento de Dios. (P. Delorme).

El siglo XIV no presenta a nuestra veneración sino al *Bienaventurado Raimundo Lulio*, apellidado el *Doctor Iluminado*⁴. Apasionado por las ciencias, dejó numerosos tratados sobre diversas materias; siete están consagradas a la Medicina. Ingresado hacia los cuarenta años en la Orden Tercera de San Francisco, se consagró a la evangelización de los infieles, y fue lapidado por los habitantes de Bougio (1315).

Guido de Cauliaco, médico y capellán comensal de los Papas Clemente VI y Urbano V, es considerado como el renovador de la Cirugía, y su *Gran Cirugía* fue clásica hacia el siglo XVII.

En el siglo XV el *Bienaventurado Bartolomé* († 1458), médico del Rey de Aragón entró en el monasterio cisterciense de Santa María del Poblet, en Cataluña, donde aceptó el cargo abacial por la intervención del Papa Eugenio IV.

El *Bienaventurado Antonio de Aquilea* (1424-1494) aprendió Medicina y Cirugía en la Universidad de Padua. Exhortaba a sus enfermos que cuidasen también de sus almas como de sus cuerpos, y muchos, siguiendo sus consejos, entraron en religión. El mismo se hizo eremita de San Agustín. Durante la peste de 1479 desplegó un celo admirable, tanto espiritual como médico. Su muerte, en 1494, fue acompañada de prodigios diversos, y uno de ellos hizo proceder a su exhumación. El cuerpo—que permaneció intacto cerca de un siglo— fue colocado en una urna de cristal, donde quedó sin trazas de corrupción hasta 1713, cuando acació un temblor que destruyó la iglesia.

⁴ Lulio, natural de Mallorca, fue uno de los grandes filósofos españoles, y también médico y apóstol de la verdadera fe. Escribió en latín, lemosín y árabe, combatiendo las doctrinas de Averroes, entonces muy en boga. Entre sus numerosas obras *El gran arte o arte magno*, *el Fénix de las maravillas del Orbe*, don de aparece la invención de la aguja náutica; *el Arte de principios y grados de la Medicina*, *el Instrumento en Medicina* (que es la lógica del médico), y más de sesenta obras de Química y Alquimia. Se cree murió mártir, a pedradas de los moros, a quienes fue a evangelizar.

Aneédocta que retrata su saber: Eterno y estudioso viajero, llegó a París y paró en el Aula de la Universidad, donde estaba leyendo el célebre Escoto. Lulio seguía la disertación con gestos de asentimiento..., y de disconformidad a veces. Entonces Escoto le preguntó: "¿Qué parte de la oración es Dominus?" "Dominus (el Señor) no es parte, es todo". Y sobre esta base disertó, admirando a Escoto y a los oyentes tanto, que quedó autorizado para leer públicamente su arte en la Universidad de París. (H. Morejón). (Nota del traductor).

El *Bienaventurado Marcos de Montegallo* estudió en Bolonia y fue doctor en Medicina de esta última villa. Después de haber ejercido su profesión entró a los Hermanos Menores de la Observancia de Fabiano, mientras su mujer se retiraba a las Clarisas de Ascoli. Durante cuarenta años recorrió Italia, predicando la caridad; murió en 1497, el día que él había anunciado.

El siglo XVI cuenta cuatro médicos canonizados. *San Antonio María Zaccaria* (1503-1539), de una piedad ejemplar desde su infancia, estudió Filosofía en Pavía, y Medicina en Padua. Doctor hacia 1524, volvió a Cremona a ejercer su profesión, pero pronto la abandonó y abrazó el estado eclesiástico. Fundó la Orden de los *Clérigos Regulares de San Pablo o Barnabitas*, y para las mujeres, la de *Angélicas de San Pablo*. Honrado después de su muerte de culto público, fue beatificado oficialmente en 1890 y canonizado en 1897. *San Felipe Bénizi* (1533-1585), estudió Medicina en París y en Padua. La ejerció en Florencia y después entró en la Orden de los Servitas, que propagó en Francia, Alemania y los Países Bajos. Milagros deslumbrantes ilustraron su vida y se renovaron en su sepulcro. *San Francisco de Mekaó* y *San Joaquín Saccachibara* fueron dos médicos japoneses convertidos al Cristianismo; fueron martirizados y crucificados en Nagasaki en 1597. Durante dos meses, los cuerpos permanecieron pendientes de la cruz, exhalando un celestial perfume, el rostro resplandeciente y respetados por las aves de rapiña. Beatificados en 1627, fueron canonizados en 1862 por el Papa Pío IX.

No podemos dejar el siglo XVI sin hablar de *Ambrosio Paré*. Sin duda, fue protestante buena parte de su vida; pero, aparte de que su inhumación, hecha con gran pompa en la misma iglesia de San André-des-Arts, demuestra que ya no lo era al final, su obra da testimonio de una espiritualidad completamente católica. Da gracias a Dios por haberle llamado a la profesión médica: "Las leyes de la Sagrada Medicina no están sujetas a las de los reyes y otros señores, ni a prescripciones de tiempo, pues toman su origen de Dios, al cual suplico se digne bendecir mi empresa, a fin de que sea glorificado eternamente..." Si se hace alguna curación digna de alabanza, hay sólo que atribuírsela a Dios: "Considerando y conociendo que todas las buenas cosas proceden de El..." El cirujano debe curar el cuerpo de sus heridos y también sus almas, y "si no hay sacerdotes ni otras gentes de Iglesia, en la muerte de los pobres pestíferos..., consolarles en su última hora, enseñando y declarando que la causa y raíz de su enfermedad

procedió de su pecado, y que para obtener fin era necesario apagar la ira de Dios, para hacerle propicio y favorable a la remisión de los pecados.

En su *Memoria*, en respuesta a los ataques de la Facultad, declara que los Santos "no nos envían ciertas enfermedades, aunque reconozco que las enviadas a los hombres por los justos juicios de Dios son curadas por su mediación". En fin, encontramos este interesante testimonio: "Cuanto a las Escrófulas, es conocido y probado que los Reyes de Francia tienen poder de curarlas; lo que he visto una infinidad de veces, y porque se trata de cosa sabida, no he querido insertarlo en mi libro. Y podría probar, por el testimonio de varias gentes de bien de esta ciudad, que autoridad atribuyo yo a este don de gracia, concedido a los reyes de Francia, por el beneficio de Dios, habiendo sido enviados al rey y concedidos favores para dominarlas, viendo que de otro modo por los remedios humanos no podía conseguirse..."

En el siglo XVII el *Bienaventurado Juan Juvenal Ancina* (1545-1604) hace sus estudios en Montpellier, Mondovi y Padua. Es nombrado profesor de una de las cátedras de Medicina de la Universidad de Turín. Pasa a Roma como médico del embajador Federico Madrucci, y hace conocimiento con San Felipe de Neri. Abandonando el mundo, entra en el Oratorio, y es nombrado obispo de Saluces. San Francisco de Sales —con el cual estaba muy unido— ha hecho un elogio magnífico de sus cualidades y su virtud.

El *Bienaventurado Gabriel de la Magdalena* (1632), médico, entró en los Franciscanos; en 1612 arriba al Japón; durante veinte años realiza un apostolado fructífero y, después de un largo martirio, es quemado vivo en Nagasaki.

El *Bienaventurado Martín de Porres* (1589-1639), después de sus estudios de Medicina, ingresa en la Orden de San Domingo; extraordinariamente abnegado con los enfermos e indigentes, Dios recompensó su caridad por los dones sobrenaturales más eminentes y numerosos milagros proclamaron su virtud.

No podríamos dejar de mencionar a *Nicolás Stenon* (1638-1686), nacido en Copenhague; comenzó sus estudios de Medicina, y particularmente de Anatomía, en esta ciudad, y los continuó en Amsterdam, Leyde y París. Se sabe que descubrió el conducto o canal que lleva su nombre, las glándulas salivales, lacrimales y otras particularidades anatómicas.

Por otra parte, creó verdaderamente la ciencia geológica, prácticamente inexistente antes de él. En 1667 se convirtió al catolicismo, a continuación de una verdadera iluminación inte-

rior. Después de algunos años de vida y gloria científica, se decidió a entrar en las Ordenes para consagrarse enteramente al apostolado. Realizó muchas conversiones, en particular la del anatomista flamenco Timan Trutroin. Nombrado obispo de Titiópolis y después vicario apostólico de Alemania septentrional y de los países del norte, llevó una vida de austeridad, piedad y apostolado, y murió como un santo.

Su compatriota *Santiago Benigno Winslow* (1669-1760) fue convertido por Bossuet, al cual dedicó su tesis de licenciatura. El "señor" *Hamon*, solitario de Port-Royal, fue, quizá, un místico; en todo caso, un gran meditativo, modelo de vida interior y de castidad.

En el siglo XVIII la Medicina católica debe un homenaje particular a *Próspero Lambertini*, que luego fue el Papa Benito XIV (1675). Si no fue médico, por lo menos estudió Medicina de manera muy exacta. Su gran obra *De Servorum Dei Beatificatione et Beatorum canonizatione* (1734) codifica, bajo las bases médicas más sólidas, las reglas del examen y crítica de las curaciones milagrosas.

Era, por otra parte, amigo de *Lancisi*, y tenía en particular estima al ilustre *Morgagni*.

Mencionemos de pasada a *Senac*, primer médico de Luis XV, que abjuró del protestantismo y se hizo jesuita. Su *Tratado de la estructura del corazón* fue muy estimado. Y, por fin, *Juan Baseilhac* (1703-1781) religioso Feuillant, bajo el nombre de Hermano Juan de San Cosme, conocido por la abreviatura "Frère Côme" (Hermano Cosme), figura en el fresco de la Facultad de Medicina de París, entre los cincuenta y seis protagonistas de la Medicina, desde Hipócrates hasta Claudio Bernard. Litotomista hábil, sacó del olvido la talla hipogástrica, inventada en 1560 por Franco; regló su técnica y demostró su superioridad.

El siglo XIX se abre con el piadoso equipo de *Laennec* y sus amigos.

Laennec (1781-1826), que por su espíritu de observación, el empleo coordinado y crítico de la clínica y de la anatomía patológica, es –según la frase de Letulle– "el genial fundador de la Medicina moderna", sabía comentar un texto del Evangelio en la Congregación del Padre Delpuits, ir en peregrinación al Santuario de San Cosme y San Damián, a Luzarches, procurar los auxilios espirituales a sus enfermos moribundos y, por fin, él mismo traspasar el dintel de la vida eterna, con la serena preparación de los socorros litúrgicos.

C. L. Bayle (1774-1816), autor de muy notables trabajos sobre la tuberculosis, "era uno de

los modelos más acabados del filósofo cristiano; todos sus pensamientos y sus acciones estaban inspiradas por sus convicciones religiosas...

Su vida fue una abnegación completa de sí mismo y una ocupación continua de todo lo que podía ser útil y ventajoso para los demás".

M. R. Buisson, colaborador de Bichat, que preparó una *Fisiología cristiana*.

G. Bruté de Remur, *J. B. Mansuy*, *P. Arnaud de Argenteuil*, que abandonaron la Medicina y entraron en órdenes religiosas. *Recamier* (1774-1852), el promotor de los baños fríos en las piresias y, particularmente, en la fiebre tifoidea; inventor de la histerectomía vaginal, del legrado uterino, de la abertura de los abscesos pelvianos, etc.; el autor, en fin, de numerosos aparatos, fue un ejemplo de piedad, familiar de la comunión frecuente.

Juan Cruveilhier (1791-1874), el ilustre anatomopatólogo, habituado a la misa diaria, podía –dice Paschal Grousset– "ofrecer a sus enfermos terrestres los consuelos de la religión".

Durante estos tiempos, los médicos testimonian con su sangre el amor, la fe a Cristo; así, el *Venerable Antonio Quinh Nam*, médico cochinchino, y el *Venerable Simón Hay Hoa*, médico annanita, que son martirizados en 1840, y cuyo proceso de beatificación fue admitido en 1843.

La figura del cirujano *Morlan* (1772-1862) honra también la Medicina católica. Interrumpido por la revolución en sus estudios eclesiásticos, se consagra a la Cirugía y a la Obstetricia. Para asegurar a las embarazadas los cuidados competentes, acompañados de toda clase de garantías de abnegación y moralidad, funda la Congregación de las Hermanas de la Caridad Maternal de Metz, y, después de toda una vida de caridad, murió a los noventa años, "pobre como los pobres que él había socorrido".

El Dr. *Santiago Desiré Laval* (1803-1864), después de algunos años de ejercicio médico, ingresa al seminario de San Sulpicio, en 1835. Durante veintitrés años se dedica al apostolado de los negros en la isla Mauricio. Se cuenta que atrajo al Cristianismo a 67.000 indígenas. Después de su muerte fueron obtenidas numerosas gracias y grandes milagros por su intercesión. Su causa de beatificación fue presentada en 1918.

En fin, vemos abrirse el siglo XX con la bella figura del Dr. *Camilo Féron* (1831-1908), que con su cuñado, Filiberto Vrau, fueron la base de la creación de la Universidad Católica de Lille y, en particular, de la Facultad de Medi-

cina y de los hospitales que la rodean. Está en los comienzos de la Sociedad Médica San Lucas, San Cosme y San Damián, y el sostenimiento de la Oficina de Comprobaciones de Lourdes.

Dos médicos italianos, el Dr. *Giuseppe Moscati*, profesor de la Universidad de Nápoles, distinguido por sus trabajos científicos y por su piedad, y el Dr. *Ludovico Neechi*, verdadera alma de apóstol, muerto en 1930, son objeto de investigaciones canónicas con vistas a su probable elevación a los altares*.

Así ha continuado sin interrupción, durante el curso de ya casi veinte siglos, la unión íntima de la ciencia médica y de la Fe. Médicos, cuya fe llevada hasta el martirio, han santificado la ciencia; médicos, cuya ciencia ilustre ha glorificado al Hijo del Carpintero de Nazaret, todos han sido fieles a Dios, autor de toda ciencia y toda caridad.

ORACION DE GUILLERMO DEL VAL

Guillermo del Val, decano de la Facultad de Medicina de París en 1640 y 1641, introdujo en las escuelas de Medicina el uso de recitar cada sábado las letanías de la Santísima Virgen y la de los santos y santas que han ejercido la Medicina. Compuso en honor de éstos la oración siguiente: **Oración a los santos y santas que se distinguieron en el ejercicio de la Medicina y en la práctica de la caridad cristiana con los enfermos:**

"A vosotros todos, santos y santas de Dios, que os habéis hecho célebres con la práctica de la Medicina y vuestros cuidados caritativos en provecho de los pobres enfermos; vosotros, a quien la Iglesia Católica honra y venera por estos títulos: vosotros, sobre todo San Lucas, Evangelista de Nuestro Señor Jesucristo, Patrón de los médicos cristianos y el primero de entre ellos, y vosotros, santos médicos ilustres: Cosme, Damián, Pantaleón, Ursicino, Ciro de Alejandría, Cesario de Bysancio, Codrat de Corintio, Eusebio de Grecia, Antíoco de Sebasta, Zenobio de Egea; vosotras también, santas y piadosas consoladoras de los enfermos que habéis cuidado sus males ejerciendo el arte médico: Teodosia, mártir célebre y madre de San Procopio, mártir; Nicerata de Constantinopla, Hildegarda, virgen de Maguncia; Francisca Romana; vosotras todas, que os habéis distinguido por vuestra caridad con los enfermos y la gloria de vuestros milagros, interceded por nosotros cerca de Aquél en la fe y el amor de que vosotros habéis vivido, y por el amor del cual habéis ejercido la Medicina, a fin de que por nuestra parte, inspirándonos en vuestros ejemplos, fieles a este ideal de santidad cristiana y caridad con los pobres enfermos, pasemos nuestra vida en la práctica de la piedad y la paciencia, para merecer la mejor y la más gloriosa recompensa, la de la felicidad eterna, por la bondad infinita de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén".

* San Giuseppe Moscati fue canonizado en 1987, por S.S. Juan Pablo II. Nota del Editor.

San Francisco de Asís, patrono de la Biología

Monseñor Bernardino Piñera C.



Un gran economista australiano, Colin Clark, decía que el más grande economista de todos los tiempos era San Francisco de Asís. El santo, decía él, no se destacó por su consumismo, ni como empresario, ni por su manejo del dinero. Pero dio la receta para que todos pudiéramos vivir en un mundo sustentable y feliz: sobriedad en el consumo y buscar la felicidad en los bienes verdaderos que son invisibles y gratuitos.

¿Necesitaremos recurrir a una paradoja similar para justificar como patrono de la Biología a un santo a quien nos cuesta imaginar en un la-

boratorio de Biología molecular o de experimentos genéticos? Tal vez no.

Es sabido que San Francisco era capaz de hacerse amigo de un lobo salvaje y hambriento. Que hablaba con los pajaritos y ellos, a su manera, le respondían. Y que alababa, en un hermoso poema, al hermano sol, a la hermana agua y a la hermana muerte, todos ellos relacionados con la vida y por lo tanto con la Biología. ¿Bastará con eso para convertirlo en su santo patrono?

La Biología es la ciencia de la vida. San Francisco amaba la vida; vivió intensamente.

Sintió, como pocos, la presencia de Dios en la vida y, desde la vida y por la vida, se elevaba fácilmente hasta el Autor de la Vida. La Biología moderna habría sido para él un camino expedito que, desde el aminoácido o desde el leptón, lo habría llevado directamente hasta Dios.

El materialismo o el reduccionismo físico-químico o molecular de muchos biólogos modernos no le habrían inquietado para nada. El acercarnos al conocimiento de cómo el Creador fue gestando la vida, lleva a un mayor asombro ante la obra creadora. Y la admiración ante el Creador crece cuando se vislumbra el plan grandioso que lleva del leptón a la proteína y al gen, y de éstos a Alberto Einstein y a Teresa de Calcuta.

San Francisco era un biólogo nato. Porque era vital, porque vivió intensamente todos los niveles de la vida y porque era capaz de percibir

los latidos de la vida en la flor que se abría y en el pajarito que cantaba y era capaz incluso de sentir la presencia de la vida en el sol, la luna y las estrellas, en el aire, en el agua y en la tierra y hasta en el fuego. Si la vida brotó de la materia, él le devolvía a la materia, la vida.

San Francisco es un buen patrón para los biólogos. Sin ser biólogo él mismo, le recordará a los biólogos la maravilla que tienen entre sus manos; la grandeza de lo que escudriñan; les enseñará el respeto sagrado por la vida, la más alta creación de Dios en el orden natural. Y, al hacerlo, le recordará a la Biología su nobleza, su lugar de privilegio para observar con asombro la obra creadora de Dios, y a los biólogos los invitará a dar gracias a Dios por la inteligencia que les permite penetrar en el misterio de la vida y que es un don de Dios tan grande como el don de la vida.

Discurso de recepción en la Academia Francesa

Dr. Luis Pasteur



“**N**o estará siempre en el destino del hombre el de preguntarse qué hay más allá? ¿Qué hay más allá? El espíritu humano, empujado por una fuerza invencible, no cesará jamás de preguntárselo. ¿Qué hay más allá? ¿Cómo detenerse en el tiempo o el espacio? Ya que el punto en el cual el pensador se detiene posee un tamaño finito, más grande sólo que todos los que lo han precedido, en cuanto principio a considerarlo, vuelve implacable la pregunta y sin que pueda ahogar el grito de su curiosidad. Es inútil contestar: más allá son espacios, tiempos, tamaños sin límite. Nadie comprende estas palabras. El que proclama la existencia del infinito, y nadie se escapa de ello, acumula en esta afirmación más sobrenatural que el que hay en todos los milagros de todas las religiones; porque la noción del infinito

tiene este doble carácter: de imponerse y ser incomprensible. Cuando esta noción se apodera del espíritu, no hay más que inclinarse. Todavía, en estos momentos de angustia profunda, hay que pedirle gracia a la razón; todos los resortes de la vida intelectual amenazan relajarse; se siente uno cerca de la sublime locura de Pascal. ¡La noción del infinito en el mundo! Veo en todas partes su expresión. Por ella, lo sobrenatural está en el fondo de todos los corazones. La idea de Dios es una forma de la idea del infinito. Mientras el misterio del infinito pese sobre el pensamiento humano, templos serán elevados al culto del infinito. Que Dios se llame Brahma, Alá, Jehová o Jesús. Y sobre el piso de esos templos se verán hombres arrodillados, prosternados, anonadados en el pensamiento del infinito”.

Wilhelm Conrad Röntgen y el centenario de los Rayos X (1895-1995)*

Dr. Fernán Díaz B.

Profesor Emérito de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Creador de una Escuela de Radiología, de renombre nacional e internacional. Miembro de Número de la Academia de Medicina del Instituto de Chile.



Cuando Röntgen estaba en la cúspide de la celebridad científica, al terminar su profesorado en Giessen, en 1887, tres universidades se interesaron por sus servicios: Jena, Utrecht y Würzburg. Esta última era la que Röntgen amaba y, en consecuencia, la prefirió.

Volvió ahora a esta Universidad en gloria y majestad, y tiene que haber comparado esta recepción con la del año en que llegó como ayu-

dante de Kundt, cuando la orgullosa Universidad bávara se negó a permitirle que trabajara en sus laboratorios y le cerró las puertas. Esta segunda venida ocurrió en 1888, en el año en que tres emperadores se sucedieron en el trono de Prusia. También en ese año nació, en Berlín, Erich Heegewaldt, que habría de venir a Chile en 1921 para desarrollar y enseñar la radiología entre nosotros, hasta su muerte en 1944.

Cuando W. C. Röntgen se hizo cargo de la cátedra y laboratorio de física de Würzburg el 1º de octubre de 1888, inició sin demora, como de costumbre, una intensa actividad experimental,

* Leído en la Academia Chilena de Medicina del Instituto de Chile, el 8 de noviembre de 1995.

de modo que hasta 1895 había publicado 15 trabajos sobre variados temas (cambios de propiedades de varios líquidos y sólidos, por la presión; constitución del agua líquida; experimentos con prismas de vidrio de ángulo recto).

En 1894 fue elegido Rector de la Universidad. Enfrentó una complicada tarea administrativa y académica, mirando sólo por el bienestar de los profesores y de sus grupos de trabajo.

Avanzado octubre de 1895, decidió estudiar los fenómenos de descargas eléctricas en tubos de vidrio al vacío, tal como lo estaban haciendo Heinrich Hertz y Philip Lénard. Estos trabajos sugirieron a Röntgen la posibilidad de aclarar ciertas irregularidades que advirtió en la marcha de los experimentos comunicados (3). En consecuencia, y siguiendo su costumbre, empezó por repetir fielmente los experimentos de Hertz y Lénard, para lo cual dispuso de un inductor de Ruhmkorff, capaz de generar corrientes de alta tensión y de un tubo de vidrio con alto vacío interior, como los diseñados por Hittorf y Crookes. Los electrodos del tubo podían conectarse con el inductor para recibir la descarga eléctrica en un momento dado. Siguiendo a Lénard y puesto que la descarga atravesaba el interior del tubo como un haz de rayos catódicos que chocaba con el polo opuesto a la emisión, produciendo débil fluorescencia en el vidrio impactado, Röntgen se proveyó de una pantalla fluorescente y envolvió cuidadosamente el tubo de emisión con cartulina negra gruesa. Además, decidió tener disponible una placa fotográfica virgen. Es notable que también envolvió en papel negro otros tubos de alto vacío que estaban en las inmediaciones. El 8 de noviembre de 1895, en una serie de observaciones de descargas en tubos de Lénard, con "ventanilla", es decir, con un parche de aluminio en lugar de vidrio en el sitio donde impacta el haz catódico, Röntgen comprobó una vez más que estos rayos salían un corto trecho, no mayor de dos centímetros, al ambiente exterior y ponían fluorescente una pantalla de comprobación, cuya capa sensible era una sustancia química diferente de la que usaba Lénard (paraquetona, especial para rayos catódicos). Röntgen prefirió el platino-cianuro de bario.

Se propuso entonces usar solamente tubos de Hittorf de alto vacío y escogió un hermoso ejemplar como el que Röntgen dibujó posteriormente. Oscureció con cuidado el laboratorio y lanzó la corriente a través del tubo de Hittorf. Nada se observó en la envoltura negra de la ampolla de vidrio. Bruscamente, Röntgen se sorprendió mirando una brillante luminosidad de

un trocito de cartón fluorescente, que estaba sobre una mesa bastante distante del tubo de Hittorf.

El profesor quedó perplejo. ¿Qué luz excitó la sensibilidad de este cartoncito? En realidad era un trozo de papel grueso en donde un ayudante había dibujado una A usando platino-cianuro de bario, como se acostumbraba dejar en los laboratorios, precisamente para pesquisar luces inesperadas. Pero no estaba aquí el problema. ¿De dónde salía la luz excitante? Röntgen tuvo la mente muy clara: necesariamente del tubo de Hittorf, cada vez que, a través de él, se hacía una descarga de alta tensión. Repitió varias veces más los experimentos de descarga, para demostrar si los rayos catódicos eran o no eran responsables de la luminosidad del cartoncito impregnado de platino-cianuro de bario. Sustituyó esta cinta por una pantalla fluorescente, que colocó bastante más allá del alcance máximo de los rayos catódicos (según mediciones de Lénard). Pero la enigmática fluorescencia volvió a aparecer con cada descarga del tubo. Entonces Röntgen pensó que, o los causantes eran rayos catódicos desconocidos, especiales, muy penetrantes, o que eran rayos de naturaleza nueva, capaces de atravesar la envoltura de cartulina negra del tubo de Hittorf, de recorrer hasta dos metros de aire y alcanzar la pantalla fluorescente, que revelaba su presencia con el resplandor misterioso.

Röntgen quiso, entonces, experimentar probando si algún material puesto entre el tubo de Hittorf y la pantalla fluorescente daría información sobre esta inquietante energía. Colocó delante de la pantalla un libro grueso, de 1.000 páginas, que fue atravesado sin que el cartón pintado con platino-cianuro dejara de brillar durante la descarga. Tomó entonces una caja de madera, de las que guardan pesos controlados para balanzas, y la expuso al tubo en acción. En la pantalla aparecieron las siluetas de los cilindros de bronce, pero nada de la caja. Röntgen, muy inquieto, empezó a interponer objetos variados, tales como una bobina de alambre, una brújula, placas metálicas de aluminio, de cobre, de platino, de plomo. Comprobó que el aluminio no debilitaba casi nada la fluorescencia. En cambio, el plomo la suprimía por completo. En cuanto a la bobina de alambre y a la brújula, exhibían sus siluetas muy bien.

Röntgen estaba ya muy cansado y tenso. Volvió a tomar un objeto, lo expuso al tubo de Hittorf y, sin proponérselo, expuso también los dedos de su mano. Cuando reconoció las densas imágenes de los huesos de los dedos envueltas

en las partes blandas de piel y músculos, dejó caer el objeto y expuso la mano entera. Quedó estupefacto. Vio su propio esqueleto. Lo vio de frente y de lado. Movi6 los dedos y la silueta se movió también. No había dudas. Como Röntgen era como era, volvió a repetir las observaciones y a mirar en la pantalla el contenido de cajitas cerradas y las siluetas de objetos metálicos y, de vez en cuando, los huesos de sus dedos y, al final, su mano entera otra vez. Se sintió maravillado y trémulo, y miró el reloj mural de la sala en la que se había encerrado a trabajar poco después del mediodía. El reloj (que se conserva en el Museo Röntgen) marcaba la medianoche de una jornada de encantamiento y transfiguraciones. Había terminado el 8 de noviembre de 1895.

Los días que siguieron fueron tremendos. Se propuso guardar reserva sobre los hallazgos hasta tener sus pensamientos en orden y hasta completar los experimentos que emprendió para investigar las propiedades fundamentales de los "rayos nuevos". Frecuentemente se hacía llevar la comida al laboratorio y, según su mujer, comía poco, hablaba poco y estaba de mal humor. A nadie comunicó algo de sus encuentros, excepto al profesor Boveri, amigo entrañable, a quien, por lo demás, sólo confió que había descubierto algo interesante, pero que no estaba seguro de si sus observaciones eran correctas. Así, pues, en los días siguientes a la memorable jornada del 8 de noviembre, W. C. Röntgen se dedicó febrilmente a comprobar las propiedades de la radiación desconocida. Volvió a convenirse que, definitivamente, no eran rayos catódicos especiales, porque éstos se desviaban en un campo magnético, y los Rayos X marchaban sin desviarse. Además, los rayos de Lénard no tenían, ni con mucho, la aguda capacidad de atravesar la materia como los rayos "nuevos".

No tardó en preguntarse Röntgen qué parte del tubo de Hittorf emite los Rayos X, cuando se descarga la alta tensión. No demoró en encontrar la respuesta: los Rayos X se originan allí donde choca la corriente catódica con la pared del tubo y en donde aparece la mancha fluorescente. Pero si los rayos catódicos chocan con otras materias, todas emiten Rayos X.

La propagación de los rayos nuevos es rectilínea, como lo demuestran las imágenes de cuerpos opacos obtenidas en placas fotográficas o pantallas. Röntgen pensó que los Rayos X eran como la luz y avanzó la idea de que tanto la luz visible como los Rayos X debían tener velocidades de propagación semejantes, si no iguales.

Así corrieron los días de noviembre y diciembre de 1895. El otoño vino frío en Würzburg y con frecuencia la escarcha blanquecina humedecía las cúpulas de las iglesias y los tejados de casas y residencias. El profesor no paraba de trabajar, de anotar y escribir, y lo habitual era que permaneciera en el laboratorio hasta medianoche a puertas cerradas. El empleado asistente del laboratorio (apellidado Marstaller) al esperar que el Dr. Röntgen terminara su jornada, se apoltronaba en un buen sillón, cerca de la estufa y roncaba un sueño apacible. Invariablemente lo sacudía el profesor para ponerlo en pie y, después de darse las buenas noches, Röntgen subía lentamente al tercer piso del instituto. Allí estaba situada su residencia privada y allí lo estaba esperando con preocupación su mujer, Margarita Ludwig, la que era llamada "Frau Professor", en el ceremonioso trato del ambiente universitario.

W. C. Röntgen siguió, entretanto, trabajando arduamente en la investigación de los rayos nuevos. Pero no pudo concentrarlos mediante lentes, ni demostrar reflexión ni refracción al pasar por medios diferentes. Tampoco obtuvo polarización. Sin embargo, tuvo la intuición firme de que los rayos nuevos eran semejantes a la luz.

Avanzaba el mes de diciembre y Röntgen decidió escribir el informe de su descubrimiento. Un primer borrador lo dejó descontento y lo desechó. Se concentró mucho para redactar un nuevo manuscrito y logró una obra, cuyo lenguaje fue justo, apropiado, con una admirable y, a la vez, sencilla expresividad conceptual. De esta memoria, dijo Paul Drude, famoso físico del estado sólido, que "era como un escrito de Lutero por su concisión y belleza" (1).

Terminó su informe el 22 de diciembre y en la tarde del mismo día hizo una radiografía de la mano derecha de su mujer bienamada, Bertha Ludwig, la cual estuvo a punto de desmayarse al ver aparecer sus huesos. En ese momento ella comprendió la extraña conducta y la tensión bajo la cual había vivido su marido en las últimas semanas, encerrándose horas interminables en el laboratorio. Ahora bien, lo admirable del caso es que Bertha Ludwig no tuvo idea de los hallazgos de Röntgen, porque el profesor no había chistado sobre el mundo qué traía entre manos. Y más sorprendente es que los dos ayudantes de Röntgen permanecieron ignaros de todo lo que estaba sucediendo, y vinieron a hacerse de nuevas sólo cuando la publicación se repartió a los profesores de Würzburg. Cinco días después de terminar el manuscrito el 22 de diciem-